PJ
308
B6

Luis Chiesa y Medina

PROLEGÓMENOS DE LITERATURA

É

HISTORIA COMPENDIADA DE LAS LITERATURAS DE ORIENTE

PROLEGÓMENOS

DE

LITERATURA

É HISTORIA COMPENDIADA

DE LAS

LITERATURAS DE ORIENTE

DESDE SU ORIGEN HASTA EL IV SIGLO DE NUESTRA ERA

ACOMPAÑADA DE UN FLORILEGIO

POR

SAMUEL BLIXÉN

MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

LIBRERÍA NACIONAL—25 DE MAYO, 355

1892

Derechos reservados.

LIBRARY
JUN 14 1913
UNIVERSITY OF

PJ
308
B6

Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes
18 de Julio, 89 y 89 A — Montevideo

ADVERTENCIA AL LECTOR

Al iniciar mis trabajos en el Aula de Literatura de la Universidad, hará cosa de dos años, me encontré con que se hallaba agotada por completo la tercera edición de los *Elementos de Literatura* del señor Diego Barros Arana; obra excelente, generalizada y adoptada como texto en casi toda la América Latina, y que había servido de base á una buena parte del programa de Literatura confeccionado por mi distinguido predecesor en la cátedra, el Dr. Zorrilla de San Martín.

En la imposibilidad de hallar un texto europeo de fácil y conveniente adaptación á nuestras necesidades y que pudiera reemplazar ventajosamente al del señor Barros Arana, y para dar fin á la difícil situación en que por falta de obra de consulta se encontraban los estudiantes de literatura, tomé la audaz determinación de escribir yo mismo ese texto que hacía tanta falta, y me puse al trabajo con una dosis igual de osadía y buena voluntad. Pero cuando ya tenía preparados

los primeros capítulos de esa obra, y recogido el material necesario para los demás, vino á redimirme de una tarea sin duda alguna superior á mis fuerzas, la simultánea aparición de una cuarta tirada del libro de Barros Arana, y de una primera edición de la *Historia de la Literatura* del Padre Poncelis.

No tenía ya objeto inmediato la pesada labor que me había impuesto, y, en consecuencia, la dejé de lado. Pero de lo que tenía escrito, en forma de apuntes y notas, algo podía aprovecharse, que no estaba contenido en las obras ya indicadas y que respondía las primeras preguntas ó bolillas del actual programa. En esos apuntes había compendiado, para que sirvieran de prolegómenos al estudio de la literatura, teorías diversas de autores como Spencer, Guyau y Gubernatis, cuyas obras por su alto precio no están al alcance de todos los estudiantes. Esta última consideración es la que me ha decidido á publicar reunidas en un folleto las primeras lecciones del curso de literatura, en la convicción de que no serán superfluas si evitan trabajo y gastos inútiles á mis discípulos. Á ellos, pues, dedico estas pocas y humildes páginas, concebidas y escritas con la única ambición de hacerles algún bien y ahorrarles una molestia.

S. B.

INDICACIÓN

DE LOS LIBROS CONSULTADOS PARA LA CONFECCIÓN DE ESTE FOLLETO

Bruston — Littérature prophétique chez les Hébreux.

Barros Arana — Elementos de Literatura.

F. J. J. — Précis d' histoire littéraire.

Gubernatis — Storia della poesia epica.

" — Storia della poesia lirica.

" — Storia del teatro.

Guyau — L' art au point de vue sociologique.

Hennequin — La critique scientifique.

Karpeles — Allgemeine Geschichte der Litteratur.

Lahor — Littérature hindoue.

Larousse — Grand Dictionnaire du XIXe siècle.

La Harpe — Cours de Littérature.

Pierret — Le livre des morts des anciens égyptiens.

Quinet — De l' origine des dieux.

Regnaud — Origine et philosophie du langage.

Spencer — Essai sur le progrès.

Saint Victor — Les deux masques.

Scherr — Geschichte der Litteratur.

Summer — Contes et légendes de l' Inde ancienne.

" — Les héroïnes de Kalidaça.

Vapereau — Dictionnaire des Littératures.

Véron — L' Esthétique.

PROLEGÓMENOS

PARTE PRIMERA

Introducción al estudio de la Literatura

CAPÍTULO PRIMERO

1. Definición de la literatura. La literatura es una ciencia. — 2. División de la literatura: parte histórica y parte teórica. Su correlación. Método que en su estudio debe seguirse. — 3. Origen de la historia literaria.

1. Es la literatura el estudio razonado y crítico de las producciones del pensamiento humano. En un sentido más elevado y general, podría decirse que es el examen, á la vez analítico y sintético de la vida intelectual de la humanidad. En su trabajo de análisis, estudia y valora los hechos, considerándolos separadamente; en su trabajo de síntesis, agrupa y clasifica esos hechos para deducir de ellos principios generales. Considerada bajo esa faz, la literatura es una verda-

dera ciencia, con sus leyes fundamentales, que rigen todo el proceso de su propia evolución.

Recién en este siglo se ha llegado al dominio de esta verdad. El descubrimiento de los principios científicos de la moral, de la sociología, de la política y de la estética, ha estimulado la atención de los filósofos en el sentido de buscar, en el estudio de los hechos, las leyes que presiden al crecimiento, desarrollo y extinción de las literaturas, y en un orden más restringido y limitado, á la creación y al éxito de la obra literaria. No son lo suficientemente exactos y completos los trabajos que se han hecho hasta ahora en ese sentido, y son más bien ensayos que otra cosa. Sin embargo, de veinte años á esta parte esos ensayos se han multiplicado de tal modo, complementándose unos á otros, que es posible ya sentar las bases fundamentales de la ciencia literaria sobre los elementos que proporciona la crítica contemporánea. Pero mientras que Sainte-Beuve y Scherer buscan las causas de la obra literaria en la personalidad del autor, estableciendo la ley de correspondencia entre éste y aquélla, otros críticos, como Taine, Mézières y Deschanel la persiguen en la acción decisiva de los elementos sociológicos, en el medio ambiente, y en el momento histórico, ó como Hennequin, sólo se preocupan de estudiar los efectos de la obra, y de fijar la relación que existe entre su mérito y su influencia social. Estas tres teo-

rías tan diversas son, sin embargo, complementarias y se aunan perfectamente en una misma doctrina, coincidiendo en cuanto á clasificar á la literatura entre las ciencias de observación. Tanto Sainte-Beuve, como Taine y como Hennequin, no conciben la obra sin sus antecedentes y sus consecuencias, sin sus causas y sus efectos, constatados por una acumulación de hechos, que sirven de base de estudio. El primero prefiere los de carácter individual, aquellos que constituyen datos biográficos sobre la personalidad del escritor, y que sirven para reconstituir su entidad psicológica; el segundo los de carácter social, las manifestaciones generales de una civilización que pueden determinar en la obra de arte una tendencia ó un impulso. En ambos sistemas, la observación es la base del juicio; los hechos son los que explican la índole del libro, y fijan su alcance y su importancia [1].

2. Siendo la literatura una ciencia de observación, el método más racional para su estudio consiste en reunir y exponer los hechos ó antecedentes para coordinarlos después, y de su coordinación deducir las leyes y los principios más generales. De ese procedi-

1. No es ésta la oportunidad de extenderse en una demostración acabada de la índole científica de la literatura; á su tiempo, cuando lleguemos á la parte teórica, hemos de hacer esa demostración, sobre la base de las investigaciones más modernas de la crítica. Por ahora nos limitamos á la afirmación de esa índole, para explicar someramente cuál es el método que debe seguirse en este estudio.

miento nace la división que comunmente se hace de la ciencia literaria, en historia de la literatura y literatura general. La historia de la literatura es la exposición cronológica y crítica de las producciones del pensamiento humano, es decir, la constatación de los hechos, de sus antecedentes, de sus consecuencias, acompañado de su análisis y clasificación. La literatura general, en cambio, sintetiza los elementos que suministra el estudio de la historia; forma cuerpo de doctrina con los resultados obtenidos, agrupándolos, coordinándolos según su relativo valor, y estableciendo su correlación recíproca.

Los principios literarios son, por consiguiente, un resultado del estudio histórico, y una consecuencia de los antecedentes que éste suministra. Sin tener en cuenta esta verdad, se comienza generalmente el estudio de la literatura por el de los principios, haciendo caso omiso de las circunstancias que los han causado y que han presidido á su desarrollo. Tan pernicioso sistema trae consigo, entre otras funestas consecuencias, la de provocar un desprecio absoluto por leyes cuya razón de ser no se explica, y que sin embargo tienen alguna causa histórica que legitima, cuando no justifica, su existencia. Por reaccionar contra ese mal, como por seguir el procedimiento más lógico, comienza este curso con la historia literaria, vale decir, con la exposición analítica de los hechos, para concluir con

el trabajo de síntesis, con la explicación de las leyes generales que rigen el desenvolvimiento progresivo de las literaturas, y de los principios que presiden á la creación de la obra literaria.

3. La historia de la literatura es de origen casi contemporáneo. No tienen el carácter de estudios críticos las nomenclaturas de obras y autores que nos han legado Estrabón, Ateneo, Diógenes Laertes, Varrón, Quintiliano, Plinio, Aulo Gelio y algunos monjes eruditos de la Edad Media, ni las apreciaciones que únicamente sobre la forma clásica se hacían en tiempos de Boileau y de Fontenelle. Recién á mediados del último siglo, y conjuntamente con la crítica, nació la verdadera historia literaria: la que relata, compara y juzga á un tiempo los hechos. De entonces acá, el progreso ha sido enorme; ayudada por la filología, la crítica no sólo ha tomado posesión de todas las literaturas vivas: ha conseguido exhumar los restos de literaturas desaparecidas millares de años ha, y volver á la vida los últimos vestigios de civilizaciones muertas. También ha ensanchado sus horizontes, agregando al análisis la apreciación y el juicio á la nomenclatura. Al presente, trata de conocer al autor por sus obras y explicar la obra por el autor, y así como determina el carácter de un escritor por la influencia del medio social y del momento histórico, así llega al conocimiento de ciertos estados sociales por

intermedio de las obras literarias. Ha fijado definitivamente sus rumbos, partiendo de lo conocido para llegar á lo ignorado, cuando es accesible ; estudiando el hecho para determinar la ley ; la variedad de antecedentes para encontrar la unidad del principio. Tal como se la concibe hoy en día, la historia literaria es toda la literatura, puesto que coordina y compara los hechos y deduce de ellos esos principios que la teoría no hace sino agrupar y ligar entre sí, formando un cuerpo de doctrina para facilitar su comprensión y su estudio.

CAPÍTULO SEGUNDO

1. Teorías sobre el origen del lenguaje.— 2. Teoría del instinto y de la evolución fonética.—3. El lenguaje escrito.—4. Aparición de las artes; su división en dos grupos principales.—5. Evolución y desdoblamiento de esos grupos.—6. La literatura prehistórica.—7. ¿La poesía lírica es anterior á la épica?

1. La literatura es hija de la palabra hablada, y en sus remotos orígenes, tiene estrechas vinculaciones con la evolución del lenguaje; por consiguiente, corresponde ocuparnos de ésta antes de entrar al estudio de la historia literaria, á fin de conocer á qué altura de la formación de los idiomas, se produjo la separación entre el concepto vulgar y el concepto poético ó literario.

El problema del origen del lenguaje ha sido, y es aún, uno de los más controvertidos. ¿Ha poseído el hombre, en todo tiempo, la facultad de hablar? ¿Cómo la ha adquirido? Y una vez en posesión de ella, ¿la ha aprovechado por iniciativa propia ó debido á una impulsión exterior? Tales son las cuestiones que sus-

cita el problema, y que han originado las distintas hipótesis que en seguida examinaremos.

El lenguaje ha sido revelado al hombre por Dios mismo, según la teoría que asigna un origen divino á aquella facultad humana. Bonald, que es quien la ha sostenido con más éxito, afirma que no es posible conocer el pensamiento propio sin una expresión que la haga sensible, ni comprender una expresión que no envuelva un pensamiento. "Es indispensable que el hombre *piense* su palabra antes de *hablar* su pensamiento," porque éste se presenta á la inteligencia humana conjuntamente con las palabras que lo expresan. En otros términos: según Bonald, es necesario que el hombre hable para pensar; proposición que excluye toda idea de invención humana del lenguaje.

Pero si el pensamiento, como asegura el mismo Bonald, no es, en su estado más sencillo y en la generalidad de los casos, sino una noción precisa de las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos, es imposible sostener que no existe pensamiento sin palabra. Los niños, los sordo-mudos y hasta los animales, privados del conocimiento del lenguaje, piensan, puesto que tienen la noción evidente de una inmensa cantidad de objetos. Por tanto, la objeción principal que hace Bonald al origen humano del lenguaje, falla por su base, desde que el hombre prescinde en ciertos casos de la palabra para formular el pensamiento.

Otra teoría más moderna, es la que sostiene que siendo el hombre física é intelectualmente apto para hablar, debe haber hablado en todo tiempo [1]. El lenguaje es, pues, según eso, una facultad innata en el hombre, que no aparece en un momento determinado de la historia, como las invenciones de la inteligencia humana. Esta teoría se aproxima á la anterior, por cuanto se refiere á una aparición súbita de la palabra, originada por inspiración divina, según unos, y por un impulso de la naturaleza, según otros. El error de los que sostienen esta doctrina consiste en suponer que el hombre es eternamente idéntico á sí mismo, respecto á su organización mental. Si esto fuera así, todos los idiomas ostentarían actualmente un mismo desarrollo, puesto que, creados en condiciones idénticas, no tendrían motivos para diferenciarse fundamentalmente ni por su sintaxis, ni por la riqueza de sus voces. El estudio de la lingüística comparada demuestra, por el contrario, que la facultad de hablar no ha sido en todo tiempo tan poderosa como hoy en el organismo humano, y que existe una evolución más ó menos lenta de la palabra. El hombre es física é intelectualmente apto para hablar, en el momento actual; ¿pero lo ha sido siempre? Y si alguna vez no ha existido en él la facultad del lenguaje, ¿cómo la supo adquirir? ¿cómo la puso en ejercicio?

1. Humboldt, Heyse, Steinhalt, Renán y hasta cierto punto Max-Müller.

Completamente opuesta á esta teoría es la que considera al lenguaje como un arte, cuyo origen y desarrollo se deben á la voluntad y á los esfuerzos conscientes del hombre [1]. Condillac ha llegado á imaginar cómo podrían llegar al descubrimiento del lenguaje, "dos niños de sexo distinto, perdidos en un desierto antes de que conociesen el uso de signo alguno." Pero si la palabra es una invención humana, difícil es imaginar el medio que empleó su inventor para participarla á sus semejantes, á no ser que todos los hombres la descubrieran á un tiempo; suposición que importaría aceptar la posibilidad del milagro. Por otra parte, es difícil hoy en día suponer en el hombre prehistórico, dados los elementos que conocemos de su primitiva civilización, un desarrollo tal de las facultades intelectuales que le permitiera crear conscientemente el complicado mecanismo del lenguaje.

Si la palabra no es, pues, una facultad adquirida por revelación, y si tampoco es una invención consciente del hombre, la única hipótesis que puede explicar su origen es la de una lenta evolución, más ó menos favorecida por circunstancias exteriores, pero que debe tener su origen en un estado próximo á la afonía, manifestado en el grito, el cual, gracias á la gradual apropiación de los órganos, se ha convertido poco á poco

1. Condillac, Maine de Biran, Albert Lemoine.

en un poder vocal, cada vez más variado y autónomo. Esta hipótesis, generalmente adoptada entre los antiguos, tiende en nuestros días á reconquistar su perdido prestigio con el auxilio de los últimos descubrimientos científicos y filológicos. Pero si para unos [1] el origen de la palabra está en los gritos instintivos que arrancaba al hombre prehistórico el terror en los momentos de peligro, ó la alegría en los instantes de plácido reposo, para otros [2] está, en cambio, en la onomatopeya, ó imitación de los ruidos de la naturaleza, de los cuales el lenguaje primitivo sólo sería un eco. Estas dos hipótesis, que aisladas no resuelven por sí solas la cuestión, pueden armonizarse, para constituir una teoría más completa, con la de Schleicher, quien considera que el desarrollo de la facultad de hablar corresponde con el que han tenido en el cuerpo humano el cerebro y los órganos de la palabra.

2. Tomando de estas últimas hipótesis la parte que cada una de ellas tiene de cierta, y negándoles el absolutismo á que pretenden, no es difícil formular una teoría más sólida y más general á la vez que las anteriormente enunciadas. El lenguaje aparece en el hombre en el momento de su evolución física, en que sus órganos vocales y sus centros nerviosos han adquirido

1. Rousseau, y con modificaciones en la teoría, Fr. Müller y Whitney.

2. Leibnitz, Herder, Des Brosses.

el desarrollo suficiente para producir la voz, el sonido [1]. Sus primeros ensayos son gritos puramente instintivos, pero gradualmente estimulado el progreso de los órganos por el ejercicio, se verifica también un progreso en la forma inarticulada del sonido: el grito pasa á ser interjección, y la interjección á ser palabra. Esta transición tiene, como es natural, vinculación estrecha con los progresos de la inteligencia humana, que la facilita y la apresura.

Pero ¿cómo se opera esa transición? ¿De qué manera se han convertido las escasas y sencillas formas vocales parecidas al grito, en las formas complejas y numerosas de los idiomas modernos? Por la evolución fonética, por el desdoblamiento gradual y progresivo de las voces primeras, que han multiplicado sus derivados, ya dividiéndose, ya juntándose, ya combinando unos con otros sus elementos para formar nuevas palabras. Un autor contemporáneo, Mr. Regnaud, haciendo el estudio de la evolución fonética en varios idiomas comparados, ha podido remontarse, pasando del examen de lo conocido á lo desconocido, hasta algunas de las raíces fundamentales de las lenguas

1. La ciencia moderna ha descubierto que el hombre posee un órgano especial del lenguaje en una parte muy circunscrita de los hemisferios cerebrales, particularmente en el izquierdo. Según Broca, ese órgano se halla junto al borde superior de la cisura de Sylvius y ocupa el tercio posterior de la tercera circunvolución frontal. Lesionada esa parte, el hombre pierde el uso de la palabra.

indo-europeas, fijando de paso las causas principales de las modificaciones del lenguaje, que son: 1.º la adquisición progresiva de los sonidos, como el de la *l* en el sanscrito; 2.º la influencia recíproca de los sonidos, manifestada de una manera evidente por la ley de asimilación; 3.º el cambio regular y espontáneo de los sonidos adquiridos, como la transformación de la vocal *a* en la vocal *e*, operada en la transición del latín á las lenguas romanas, y 4.º la extinción de los sonidos por una contracción de la palabra, como lo demuestran las voces latinas convertidas en términos franceses. Mr. Regnaud afirma, como consecuencia de sus investigaciones, que las lenguas son organismos vivos, y que lo demuestran modificándose y creciendo continuamente.

3. En cuanto al lenguaje escrito, puede afirmarse hoy en día que ha sido completamente imitativo en su origen. Los pueblos antiguos, en las épocas más remotas, dejaban constancia de sus hechos por medio de pinturas murales, cuyo uso, una vez generalizado, dió lugar, mediante pequeñas modificaciones, á la pintura — escritura, tal como existía entre los Mejicanos en la época de la conquista. Debido á abreviaciones análogas á las que diariamente hacemos cuando escribimos ó hablamos, los más comunes de esos dibujos fueron simplificándose sucesivamente, formándose poco á poco un sistema de símbolos, de los cuales muchos

no conservan ni remota semejanza con la figura de su origen. Así nacieron los jeroglíficos del Egipto, cuyos caracteres se diferencian en *curiológicos* ó imitativos, y *trópicos* ó simbólicos, empleados conjuntamente en una misma inscripción. Los egipcios poseían también, para expresar los nombres propios, ciertos signos fonéticos: el sonido se representaba por medio de una figura cuyo nombre comenzara con él, como, por ejemplo, el sonido *a* por medio de la figura *águila*. Estos signos fonéticos señalan ya el nacimiento de la escritura alfabética.

En cuanto á los Chinos, su primitiva escritura era también ideográfica ó imitativa. Por medio de los *kona*, pequeñas líneas quebradas, unidas á ciertas figuras, conseguían expresar los caracteres esenciales de una idea. Así, según Remusat, en la escritura china una raya significaba *uno;* dos rayas, *dos;* un punto sobre una raya, *arriba;* debajo, lo contrario. Tres figuras de hombre en una fila equivalían á *seguir;* dos mujeres, frente á frente, daban la idea de *disputa*. Unidos estos signos podían expresar ideas más complejas: así la imagen del agua y un ojo, significaban *llanto;* una puerta y una oreja, *escuchar;* el sol y la luna, *brillo*.

Á medida que el pensamiento humano progresó, abandonando la idea su sencillez primitiva por una complejidad cada vez mayor, aumentaron las dificultades para el empleo del signo figurativo, que sólo podía

expresar un limitado número de concepciones concretas. Así nacieron los signos convencionales ó alfabéticos. El signo ideográfico perdió poco á poco su valor puramente representativo y concluyó por reducirse á una figura simbólica, que tuvo la ventaja de prestarse sin resistencia á todas las modificaciones de sentido que se le impusieron. Desde este momento, mediante una serie sucesiva de modificaciones y eliminaciones de fácil concepción, producidas espontáneamente, el signo simbólico se convirtió en fonético, formándose así el alfabeto, por medio de cuyas combinaciones, en vez de exhibir los objetos al sentido de la vista, se representan al entendimiento y á la memoria, con sujeción á un conjunto de disposiciones, cuyas leyes no nos corresponde estudiar aquí.

4. En cierto momento de la doble evolución del lenguaje escrito y hablado, se produce un fenómeno curiosísimo. Hemos visto que en la escritura, por ejemplo, los signos figurativos caen en desuso ante la imposibilidad de expresar la complejidad de ciertas ideas; pero hay que advertir que esos signos no desaparecen del todo: el hombre, más civilizado, encuentra *placer*, ya que no *necesidad*, en su reproducción y perfeccionamiento. Mientras la escritura adopta nuevas formas de signos convencionales, de las antiguas nacen las primeras manifestaciones del arte pictórico, que tiene por principal carácter provocar sensaciones y sentimientos mediante imágenes que actúen directamente sobre los sentidos.

En cuanto al lenguaje hablado, si de lo que se conoce del idioma de las tribus salvajes puede inducirse lo que fué el de los hombres primitivos, debe suponerse que tuvo muy acentuados dos caracteres principales: la sujeción á un ritmo constante de la frase, especie de melopea ó cadencia, que es natural en la mayor parte de las tribus de África, Australia y América; y el empleo continuo de expresiones figurativas ó descriptivas, de circunlocuciones, comparaciones y metáforas, indispensables para decir por medio de un rodeo, lo que no se podía directamente, debido á la escasez de palabras. Pero al adquirir el lenguaje nuevos elementos, abandonó poco á poco el procedimiento descriptivo, que pasó en herencia, conjuntamente con el empleo del ritmo, á una forma especial del modo de hablar, destinada al placer del oído y del entendimiento humanos: á un arte rudimentario que después se llamó *Poesía*.

De modo que, como consecuencia del progreso intelectual, las artes se han desprendido espontánea y evidentemente del primitivo lenguaje, hablado ó escrito, con el cual se confundían en un principio. Esas artes forman dos grupos, que se distinguen naturalmente por la índole de sus medios de expresión, relacionados con el sentido del oído ó con el de la vista: en el primer grupo figuran la poesía y la música; en el segundo la pintura y la escultura. Distínguense también esas artes por la diferencia de origen [lenguaje hablado

y lenguaje escrito]; por la diversidad de necesidades intelectuales que las provocan [movimiento en la música y poesía, orden en la pintura y escultura]; por sus condiciones [ritmo en unas, proporción en otras]; y, finalmente, por su relación diversa con la idea de tiempo, sucesión ó simultaneidad.

En cuanto á la danza y á la arquitectura, si bien no se puede afirmar que surjan directamente de una forma de lenguaje, pueden aproximarse por sus caracteres á los grupos que dejamos establecidos. La danza provoca las ideas de movimiento, ritmo y sucesión; la arquitectura, las de simultaneidad, proporción y orden. Por tal motivo, Mr. Eugène Veron no vacila en incluirlas en la siguiente clasificación que ha hecho de las artes[1]:

Oído

Expresión inmediata Lenguaje hablado... Movimiento.... ... Ritmo..... Sucesión.....	Poesía, música.—Danza.

Vista

Expresión mediata Lenguaje escrito.... Orden..... Proporción ..... Simultaneidad.....	Escultura, pintura.— Arquitectura.

1. En esta clasificación se comete el error de derivar el arte arquitectónico de la escritura, cuando ésta es de época muy posterior, puesto que sus primeros ensayos se llevaron precisamente á cabo sobre muros.

Conviene hacer notar que, siendo el lenguaje hablado, como ha sido, anterior, y tal vez en varios siglos, al lenguaje escrito, las artes del primer grupo son bastante anteriores á las del segundo: provienen del ejercicio natural de nuestros órganos excitados, sin auxilio de ninguna clase, mientras que las artes originadas por el lenguaje escrito exigen, para nacer, la creación previa de un instrumento: pincel para la pintura, cincel y martillo para la escultura, etc.

5. Estas artes coexistieron unidas en sus respectivos grupos, y sólo se independizaron unas de otras tras un largo proceso de evolución. Así, por ejemplo, la decoración mural, en que al principio se confundían la pintura y la escritura, consistía en figuras grabadas y coloreadas. Poco á poco se llegó hasta ahuecar de tal modo las líneas del contorno de las figuras, que éstas comenzaron á desprenderse del muro, hasta que por medio del cincel se eliminaron los trozos de piedra ó barro que separaban las imágenes, obteniéndose así un bajo-relieve en color. En los trozos de arquitectura asiria restaurados en Lydenham, pueden notarse unidas las tres artes pictórica, arquitectónica y escultórica, porque los objetos esculpidos forman todavía parte del edificio, y se hallan cubiertos por una capa de pintura. En los vestigios que se conservan del arte primitivo de los egipcios y griegos, puede estudiarse el mismo proceso de evolución: la estatuaria y la pintura se

alejan lentamente de la arquitectura, para separarse á su vez más adelante.

La poesía, la música y la danza hállanse también confundidas en su origen, y se diferencian más tarde gradualmente. El lenguaje rítmico, el sonido rítmico y el movimiento rítmico eran, en sus comienzos, partes integrantes de una misma cosa. Todavía los encontramos unidos en ciertas tribus bárbaras. La historia conserva el recuerdo de una unión semejante, en los cantos de los hebreos, egipcios y griegos. El proceso de separación entre esas artes es visible en Grecia desde temprano: la danza se apartó de la poesía y la música para constituir un arte especial. Los poemas primitivos de la Grecia eran cantados con acompañamiento, hasta que se produjo una separación entre la poesía lírica, que se cantaba, y la épica, que se recitaba. Entonces nació recién la verdadera poesía, independiente de todo arte extraño, mientras que la música, por su parte, hallaba suficientes motivos para declararse autónoma, en la invención de múltiples y variados instrumentos.

6. Desde la época en que el lenguaje poético se apartó del lenguaje vulgar, hasta la aparición de las grandes epopeyas del Oriente, ha transcurrido un lapso de tiempo cuya magnitud no es dado precisar ni siquiera aproximadamente. Sólo por medio de hipótesis más ó menos aventuradas, es posible intentar

la adivinación de lo que debe haber sido la literatura prehistórica. Se ha llegado hoy al convencimiento de que esas epopeyas no son sino recopilaciones, ó mejor dicho, hacinamientos de trozos poéticos pertenecientes á distintas y remotísimas épocas: himnos religiosos, cantos guerreros, fórmulas de conjuro, relaciones de batallas, rituales diversos, fragmentos de leyes primitivas, recetas medicinales. La poesía ha abarcado, pues, en los tiempos prehistóricos, todas las ramas del saber humano: contenía en sí los rudimentos de todas las ciencias; era á la vez legislación y medicina, astronomía é historia, religión y magia; recogía los mitos, las supersticiones, y cuanto llamaba la atención del hombre y debía fijarse en su memoria. En resumen: la forma *rítmica* ó *poética* ha sido en sus comienzos la expresión única del saber humano, y á justo título puede la poesía reivindicar para sí la gloria de haber sido madre de todas las ciencias.

Nos referimos sólo á la poesía, porque el lenguaje poético ó rítmico es muy anterior á la prosa *literaria*. Las obras de origen más remoto están escritas en verso: los *Vedas*, la *Iliada*, los *Trabajos y Días*, los *Salmos*; y por intermedio de varios autores de la antigüedad sabemos que en Grecia los primeros tratados de moral, legislación y física estaban también versificados. El uso de la prosa escrita no se remonta á más de mil años antes de nuestra era.

7. Otra cuestión que tiene atingencias con la que acabamos de examinar, es la discutida prioridad del género épico sobre el lírico, ó viceversa. Si nos atenemos á la concepción antigua de esos dos géneros poéticos, el lírico fué anterior al épico, porque la poesía cantada precedió á la recitada. Pero si entendemos por lírica á la poesía subjetiva, y por épica á la objetiva, la cuestión varía de aspecto, y sólo por inducción es posible formar criterio acerca de ella. Lógicamente debe suponerse que el hombre ha comenzado por el género más fácil, más sencillo. Y el género más sencillo es el objetivo, desde que no exige, para existir en su primitiva forma, sino el conocimiento de cosas concretas y una mera descripción del objeto ó del hecho cantado. El género *subjetivo*, por el contrario, requiere familiarización con las ideas inmateriales y abstractas, como las de *pasión, alma, sentimiento, deseo.* Describir poéticamente un árbol es más fácil, sin duda alguna, que describir el dolor que nos aflige, aunque ese dolor sea puramente físico. La historia corrobora en parte esta opinión, puesto que los trozos más antiguos de las recopilaciones orientales son en su casi totalidad puramente objetivos, siendo escasos, y al parecer de épocas más cercanas, los fragmentos de poesía verdaderamente lírica que existen mezclados con aquéllos.

Literaturas Orientales

(Desde su origen al cuarto siglo de nuestra era)

PARTE SEGUNDA

Literaturas Orientales

(Desde su origen al cuarto siglo de nuestra era)

CAPÍTULO PRIMERO

1. Consideraciones generales. — 2. Literatura india. Los *Vedas*. — 3. Período brahmínico: el *Mahabaratha*. — 4. El *Ramayana*. — 5. Los *Puranas*. — 6. La poesía lírica: Djajadeva y Kalidaça. — 7. El teatro hindú: Baratha; el *Mrischiakatika; Vikrama* y *Ouvrasi; Sakountalâ*. — 8. Literatura china. — 9. Confucio; los *Kings;* la lírica popular. — 10. Filósofos y propagandistas. — 11. Literatura egipcia.

1. Asia es la cuna de la civilización humana. El hombre primitivo, al abandonar la vida nómada y errante, eligió para establecerse la inmensa extensión de tierra comprendida entre el Nilo y el Hoang-ho, y allí trocó las armas por los útiles de labranza, fundando con ese cambio las bases de su futura civilización. Allí estrechó los vínculos de la sociedad y de la fa-

milia, y en el bienestar de la vida sedentaria, encontró tiempo para establecer sus primeras leyes, dar una forma definida á las confusas concepciones de sus mitos, y balbucear su primitiva literatura.

La poesía del Oriente conserva preciosos recuerdos de estos ensayos del hombre primitivo. Puede decirse de ella que es la única senda que nos lleva, sino al conocimiento, al menos á la adivinación de los hechos y costumbres de la humanidad prehistórica. Por eso, en los últimos años, la atención de los sabios y filólogos ha sido atraída sobre ese punto; y gracias al trabajo de un verdadero ejército de eruditos ingleses, franceses, alemanes, rusos é italianos, nos hallamos hoy en posesión de casi todos los tesoros de la poesía asiática.

Como ya lo hemos observado antes, las literaturas más antiguas se presentan á nuestro estudio en un estado muy avanzado de su desarrollo. Los orígenes y el proceso de su respectiva formación permanecen completamente ocultos, como sucede, por ejemplo, en las literaturas de la China, de la India, y en las semíticas, que nos asombran aún, á través de cuarenta siglos. Se ha debatido durante mucho tiempo cuál de ellas apareció primero, y no se ha podido arribar á una respuesta categórica, porque si bien es cierto que la arqueología llega á asignar una antigüedad de *siete mil años* á algunas de las placas escritas, de origen

caldeo, que se han encontrado entre las ruinas de Nínive y Babilonia, no implica eso forzosamente que la literatura caldea sea la más antigua, pero sí que fué la primera en utilizar la escritura para perpetuarse. Otras literaturas, como la hindú, sólo remontan su primera manifestación escrita á *mil quinientos años* antes de Jesucristo; ¿pero quién puede asegurar que no han existido muchísimo antes, valiéndose tan sólo de la tradición oral para trasmitirse de una á otra generación?

2. La literatura de la India forma un conjunto considerable, del cual sólo una parte conocemos gracias á los trabajos de Colebrooke, de Ward y de Roth, de Langlois y de Pictet.

Ninguna otra literatura nos permite penetrar tanto como ella en las nebulosidades de los tiempos prehistóricos, y de aquellas épocas en que para el hombre todo era nuevo, desconocido, grandioso ó terrible; ninguna como ella refleja las primitivas impresiones de una raza patriarcal puesta en contacto con una naturaleza magnífica y misteriosa, ni conserva la huella candorosa de los primeros terrores del hombre en lucha con las necesidades de la vida.

El monumento más antiguo de la literatura aria consiste en la recopilación de los *Vedas*, vestigios poéticos de venerable antigüedad, puesto que se supone nacieron en el siglo XV anterior á nuestra era. Su

origen es esencialmente popular: lo prueba la variedad infinita de sus elementos en cuanto al fondo y la forma. Los versos aparecen aglomerados, sin que muchas veces los ligue el vínculo de una idea común; como observa Gubernatis, es difícil encontrar tres que se sigan en perfecta ilación. El lenguaje no ha sido retocado y conserva sus caracteres bárbaros y primitivos. Comparado con el sanscrito y con el idioma zend, presenta más analogía con éste que con aquél, lo que hace suponer que una gran parte de los *Vedas* ha sido escrita antes de la separación de las dos ramas de la raza aria, que han ocupado respectivamente la India y la Persia.

Los *Vedas* se componen de cuatro partes, á saber: el *Rig-veda*, que trata de los himnos religiosos; el *Sama-veda*, colección de canciones; el *Iatchour-veda*, recopilación de plegarias; y el *Atharva-veda*, que se ocupa de los conjuros. El *Rig-veda* es la más antigua y más importante de esas cuatro partes, y de ella lo más curioso es la *Samhita*, colección que se compone de 1028 himnos, contenidos en diez libros. Edgar Quinet ha caracterizado de una manera muy exacta el espíritu religioso expresado en esos himnos, diciendo de él que es la revelación por medio de la luz. En efecto: el amor á la luz y el horror por las tinieblas constituyen el rasgo más notable de la poesía védica. Los dioses son llamados los *Luminosos*. La primera divi-

nidad invocada es Agni, dios del fuego, á quien naturalmente adoraron los arios, puesto que el fuego les servía para ahuyentar á las fieras, esos terribles huéspedes de las selvas del Himalaya. Después de Agni, aparece Indra, quien impregnado del poder de Vichnou — el dios que ha existido antes que todo, — aniquila á los titanes y á su jefe el terrible gigante Vritra, mito candoroso y grande, que simboliza al aire impregnado de electricidad, estallando sobre las cimas más altas. Indra es la atmósfera, que dispensa los beneficios del sol y de la lluvia; es el poder, la razón y la fuerza de la naturaleza. Después de Indra, los arios invocaban á los Maruts, dioses de los vientos, y á Sourya, dios del Sol. Al lado de estos dioses benéficos, existían los genios enemigos, que al esconderse el sol, acompañaban á las tinieblas y reinaban sobre el mundo hasta que la luz venía de nuevo á ahuyentarlos. Ese horror por la oscuridad debe haber tenido su origen en las remotas épocas en que los arios cruzaban errabundos las selvas de la India, y sufrían á cada paso los nocturnos ataques de las tribus enemigas y de las fieras.

La religión de los primeros hindús consistía, como se ve, en un naturalismo espontáneo y sencillo. Más tarde se transformó en un politeísmo nebuloso y complicado, desapareciendo los antiguos dioses que personificaban las fuerzas sanas de la naturaleza, para hacer lugar á

las nuevas deificaciones de la doctrina brahmínica. La sociedad patriarcal se disuelve; trábase la lucha entre los sacerdotes y los guerreros; obtienen aquéllos el predominio; organízanse las castas, y la mitología se complica al mismo tiempo á fin de explicarlas. Así, según ella, el brahmán ha nacido de la boca de Brahma; el rey, de sus brazos; el vayssia, de sus piernas; el soudra, de sus pies.

3. El período védico, que comienza en época no suficientemente determinada, concluye hacia la mitad del sexto siglo anterior á nuestra era. Inaugúrase entonces el período brahmínico, durante el cual los *Vedas* sufren numerosas interpolaciones, consistentes en máximas de moral y filosofía, fórmulas del ritual religioso, etc.; al mismo tiempo se comentan los libros clásicos en los *Upanischads*, que sirven de fundamento al dogma. Lo que caracteriza sobre todo el período brahmínico, es la composición de los dos grandes poemas de la India. La fábula mítica, que popularizó la leyenda de los dioses, dió origen á la fábula heroica, que cantó las hazañas de los hombres. Poetas ignorados reconstruyeron á su modo el recuerdo de las luchas inmensas que libró la raza aria en su peregrinación á través del Himalaya para llegar á la conquista de la India; y sus cantos, adoptados por el pueblo, pasaron por tradición de edad en edad, acaparando, en cada una, nuevos elementos, hasta que

llegó el día en que, recopilados, formaron un solo poema sintético.

El *Mahabarata* es la epopeya más antigua de la India. No se sabe á ciencia cierta en qué siglo vió la luz, pero se supone, con cierto fundamento, que apareció tres ó cuatrocientos años antes de nuestra era. Constaba al principio de cincuenta mil versos, y cantaba la guerra entre las dos grandes familias arias de los Couravas y los Pandavas, pero después sufrió tales agregados, que llegó á contar doscientos cincuenta mil versos, desapareciendo la unidad del asunto bajo una cantidad inmensa de episodios que, por decirlo así, sofocan al primitivo poema. Su autor se llamó Vyasa, nombre que significa "el compilador", lo cual hace suponer que sea un personaje imaginario.

He aquí, en breves palabras, el argumento del poema. De dos hermanos, Pandou y Dhritarasthra, nacen dos familias rivales. Tiene el primero cinco hijos, que són otras tantas encarnaciones divinas; el segundo tiene cien. Los hijos de Dhritarasthra incendian el palacio de sus primos, que se ven obligados á huir al desierto. Los Pandavas vuelven á Delhi, llamados por su tío, que divide entre ellos y sus hijos la soberanía de la India. Pero el más favorecido de los cinco hermanos, Youdhishthira, pierde su parte á los dados y vuelve al desierto, donde permanece durante trece años. Los Pandavas solicitan la alianza de un rey vecino, que

levanta un ejército para devolverles el poder. Dhritaramisthra es vencido; huye á su vez á ocultarse; su raza entera perece en esa guerra de exterminio, y Dwaraka, capital de su reino, es arrasada. Entonces Youdhishthira, después de restablecer á sus cuatro hermanos en el poder, abdica el mando supremo para subir al cielo de Indra, quien al principio se niega á recibirlo, por venir el héroe acompañado de su perro; Indra cede al fin, y el poema concluye con una apoteosis de Youdhishthira.

4. Si la extensión exorbitante de este poema ha dificultado hasta ahora un examen crítico profundo y minucioso, no sucede lo mismo con el *Ramayana,* la segunda epopeya sintética de la India. Pertenece este grandioso poema á Valmiki, de quien no se sabe á ciencia cierta en qué época vivió, aunque se supone que algún tiempo después de la aparición del poema de Vyasa, pero antes, en todo caso, de los comienzos de nuestra era.

Cuenta el *Ramayana* cerca de cincuenta mil versos, y tiene por objeto cantar la conquista del Hindostán llevada á cabo por los arios, y especialmente la expedición que hizo Rama al Sud de la India, hacia el siglo XIV anterior á nuestra era. Este hecho histórico ha sido adornado por el poeta con detalles novelescos, y modificado en parte; así es que en el poema aparece Rama como destructor de la ciudad de Lanka, y de

la raza de los Raćsasis, para arrancar á su esposa, la casta Sita, del poder del rey Ravana, que la ha robado.

Comienza el poema con diversas invocaciones, después de las cuales se narra cómo el rey Daçaratha, de nueve mil años de edad, no ha podido tener un solo hijo, á pesar de sus trescientas cincuenta esposas. Hace á los dioses un sacrificio, y ellos le conceden cuatro vástagos, y uno de ellos es Rama, séptima encarnación de Vichnou, á quien Brahma envía á la tierra para que castigue á los Racsasis ó vampiros [antropófagos que habitaban la isla de Ceylán], y á su jefe el monstruo Ravana. Rama elige por esposa á Sita, tipo de toda belleza y bondad, y se ve obligado á retirarse con ella al desierto, á causa de las intrigas de una de las mujeres de Daçaratha, que consigue de éste que imponga á Rama un destierro de catorce años. En eso Ravana, gigante de diez cabezas y de veinte brazos, que ha oído ponderaciones respecto á Sita, concibe el proyecto de robarla. Por medio de una estratagema consigue alejar á Rama; en su ausencia se apodera de Sita, y en un carro aéreo la transporta á Lanka, donde, á pesar de sus amenazas, no consigue rendir la virtud de su cautiva. Rama, mientras tanto, ha conseguido saber quién es el raptor de su esposa, y busca para vengarse la alianza de Sugriva, rey de los "grandes monos que hablan". Con su ayuda, Rama echa un puente sobre el brazo de

mar que separa á Ceylán del continente, y conduce á su ejército al asalto de Lanka. Al valeroso ataque se opone la desesperada resistencia, originándose así una larga serie de combates, en los cuales despliegan todos sus recursos tanto la magia como una bárbara estrategia. Rama utiliza las aptitudes especiales de sus aliados, entre los cuales se encuentra Hanumat, hijo ilegítimo del viento, que, con sólo inflarse, puede atravesar los aires. Ravana le opone sus asnos salvajes, sus caballos de guerra, sus elefantes, y por fin, al gigante Komubakharna, que se traga á sus enemigos, y que al caer herido por Rama, aplasta con su cuerpo á dos mil monos. Por fin se encuentran los dos rivales en combate singular, que dura siete días, durante los cuales Rama corta las diez cabezas de Ravana, que renacen más de cien veces. Gracias á un golpe certero de Brahma, que interviene en la lucha, consigue Rama el triunfo, pudiendo así devolver á Sita su libertad. Ésta se somete á la prueba del fuego, para demostrar á su esposo que conserva su pureza, y atraviesa impunemente las llamas. Los dioses revelan á Rama su origen divino, y el héroe vuelve, triunfante, á la capital de su reino. Sin embargo, el poema no termina aquí. Rama destierra á Sita, y ésta da á luz, en la soledad, á sus dos hijos Kouci y Sava. Más tarde van á la corte de su padre, donde, le cantan la historia de sus propias hazañas en la guerra contra Ravana.

Rama los reconoce y les otorga su afección y los derechos que legítimamente les corresponden. Al cabo de once mil años de reinado, Rama se transfigura gloriosamente y se eleva á los cielos, después de haber salvado á la humanidad y vencido á los demonios.

Este poema, inmenso en su conjunto, y hermosísimo en la mayor parte de sus detalles, adolece del defecto de una enorme desproporción. Cinco libros sirven de introducción al verdadero poema, que se desarrolla en el sexto y termina en el séptimo. Algunos críticos modernos, y entre éstos Gubernatis, deducen de ello que no ha sido obra de un solo autor, y consideran á Valmiki como al último de los muchos que contribuyeron á dar unidad á un conjunto de poesías y leyendas de origen popular y remoto, que reunidas formaron la gran epopeya. Sin embargo, los defectos de forma que sin duda tiene el poema, se hallan compensados por sus grandes bellezas intrínsecas, por la hermosa moral de sus máximas, el brillo de sus imágenes, y lo patético é interesante de muchos episodios. — El *Ramayana*, como el *Mahabaratha*, se halla escrito en *slokas*, forma especial del verso. La *sloka* es un dístico, cuyos versos, de diez y seis sílabas cada uno, se hallan divididos en el centro por una cisura.

5. No se extinguió, con estas dos inmensas creaciones, el raudal de la inspiración épica de los indios. Los mitos contenidos en los *Vedas* y en las dos grandes

epopeyas, fueron explicados y comentados con arreglo al dogma, y así nacieron las diez y ocho leyendas conocidas bajo el nombre de *Puranas* y que en su totalidad deben reunir más de un millón de versos. Esta obra gigantesca, destinada á la instrucción de las castas inferiores, sobre las cuales pesaba expresa prohibición de leer los libros sanscritos ó sagrados, está redactada en un lenguaje subalterno llamado *pracrito*.

6. En los poemas épicos de la India, dos fuerzas determinan principalmente su originalísimo carácter: el recuerdo confuso de una época de continua lucha y de constantes hazañas, y la fantasía religiosa, que llenaba al cielo de dioses, mientras aquél poblaba á la tierra con héroes. La tradición heroica y el sentimiento religioso son, pues, los dos grandes factores de la epopeya hindú.

La poesía lírica sufrió otra influencia distinta: la de la exuberante y magnífica naturaleza. — El lirismo renace en la India al concluir el período de la formación de los dos grandes poemas épicos, y renace con caracteres muy distintos de los que poseen sus primeros ensayos contenidos en los *Vedas*.

Por de pronto, deja ya de ser popular, para convertirse en artístico. Sus temas son todos amatorios; y revelan la influencia directa del medio ambiente, en el brillo de las imágenes, la exageración de las metáforas, y en el enervamiento, carácter general de ese rena-

cimiento lírico, cuyo espléndido desarrollo se complementa recién en la edad media. Los poetas líricos más notables de esta época son: Djajadeva, que vivió en el primer siglo anterior á nuestra era, y fué autor del *Gita Govinda*, poema semi-lírico, semi-dramático, que canta los amores del príncipe Krichna, criado en secreto entre pastores, con la bella Radha; y Kalidaça —contemporáneo del anterior, según unos, y perteneciente al siglo III de nuestra era, según Lassen y Weber,—quien se distinguió por un conocimiento profundo del corazón humano, una filosofía dulce y placentera, una imaginación fecunda y un estilo fácil y elegante. El abuso de metáforas y de imágenes en que á veces cae, es menos defecto propio que de la literatura de su época.

Entre sus poemas merece ser citado, ante todo, el *Megha Douta*, ó sea la "Nube Mensajera", dulce elegía llena de sentimiento é inspiración; y en segundo término el *Ritou-Sanhara*, ó sea la "Revolución de las Estaciones", poema descriptivo en que brillan también esas cualidades. Pero la fama que rodea el nombre de Kalidaça no proviene de sus composiciones líricas, sino de sus obras dramáticas, las más hermosas tal vez en su género entre las antiguas, y sin disputa, las que más se anticiparon en remotas épocas á los resultados de la evolución literaria.

7.—Según la leyenda, el teatro hindú tiene su

origen en el mismo Brahma, que enseñó sus preceptos á los hombres. Parece indudable que desde muy atrás se daban en la India espectáculos teatrales de diverso género, como el *nritta* ó danza, el *nritya* ó pantomima, y el *natya* ó diálogo accionado, cuando, dos siglos antes de nuestra era, entró de lleno el drama en una época de fertilidad y de progreso. Se ha pretendido que tuvo su influencia en este súbito desarrollo el conocimiento que adquirieron los indios, en tiempos de Alejandro el Grande, de la tragedia y la comedia griegas, pero esta suposición carece de fundamento serio, desde que el teatro indio no se inspira sino en la epopeya y en los mitos nacionales, siendo en la forma profundamente innovador, puesto que crea el *drama,* esa fórmula intermedia entre lo trágico y lo cómico, que la literatura contemporánea ha preferido entre todas.

Es lástima que no hayan llegado á nosotros las obras dramáticas de los primeros tiempos, para adquirir en ellas una idea de lo que fué el teatro indio, antes de que Bharata escribiera su tratado sobre *La doctrina del drama,* que en treinta y seis capítulos se ocupa de los diversos géneros escénicos, de poética y retórica teatral, del verso, etc. El *Bharatiya-natyacastra,* que así se llama el tratado, es según todas las probabilidades, anterior á nuestra era, lo que corrobora la opinión de que el teatro indio extiende sus raíces á muy lejanas edades.

El primero de los dramas indús que merece una especial mención, es el *Mrischiakatika*, ó sea el "Carrito de arcilla", atribuído al rey Çudraka. Esta obra está impregnada de sentimiento y de nobleza. Para Paul de Saint-Victor es el drama más rico y más real de los que ha producido la India. La protagonista, Vasantasena, es una cortesana redimida por el amor que siente hacia un joven brahmán. Rivalizan en bellezas con este drama los dos voluptuosos idilios de Kalidaça, *Vikrama y Ouvrasi* y *Sakountalâ*. El primero no es más que una obra de magia, llena de apariciones, cantos y prodigios, en que se celebran los amores del rey Pouravaras con Ouvrasi, una ninfa celestial, transformada, por arte de encantamiento, en liana silvestre. El rey, desesperado, interroga á la selva, á las aguas, á las montañas, á las aves y á las fieras, hasta que adivina á su amada bajo el disfraz de su metamorfosis, lo que basta para romper el encanto. — *Sakountalâ* es esposa del rey Douchmanta, de quien ha recibido el anillo de compromiso. Distraída en amorosos ensueños, no oye la voz de un asceta que implora hospitalidad, lo que atrae sobre ella maldición, según la cual el esposo perderá por completo el recuerdo de la esposa. El sortilegio se opera: Douchmanta no reconoce á Sakountalâ. Ésta, fuera de sí de sorpresa y dolor, busca en sus dedos el anillo de compromiso, pero encuentra que lo ha perdido al bañarse en el lago. Algún

tiempo después un pescador lleva á Douchmanta el anillo, encontrado en el vientre de un pez. Á su vista, el rey se ve libre del encanto que lo cegaba, y restituído á su antiguo amor, busca á Sakountalâ por todo el reino, hasta que da con ella y obtiene su perdón.

Éstas son las obras más renombradas del antiguo repertorio hindú, que, en general, presenta extraños caracteres y rasgos anormales. "Sus dramas tienen por principio el desorden; pasan en un instante de la tierra al cielo, y admiten en sus escenas monstruos y animales. Los personajes hacen cien leguas sin moverse del escenario, con sólo imitar por medio de gestos el movimiento del carro aéreo que los conduce." Cada una de las pasiones humanas está representada en ellos por un color, y así la escena se viste de rosado, si el drama es voluptuoso; de gris, si es heroico; de azul, si es religioso; de negro, si es terrorífico. El drama hindú es democrático, en el sentido de que en él figuran todas las castas, gracias á la influencia civilizadora del budhismo. Como consecuencia de ello, es también poliglota: los principales personajes hablan en sanscrito, en praerito las mujeres, y en un dialecto más vulgar las personas subalternas. Una obra puede tener catorce actos ó una escena única; versos de cuatro, sílabas, ó desmesurados, "como esos reptiles del mundo primitivo que desarrollaban sus anillos de ciento cuarenta pies." No hay más regla en el dú

que lo imprevisto, lo extravagante, lo monstruoso, lo cual no obsta para que sea tal vez el más real, el más profundamente sentido y el que más descuella en la antigüedad por el estudio de los caracteres y la pintura de las pasiones.

8. Según la fábula, por el año 2950 (antes de Cristo) estableció Fo-Hi las bases de un estado entre los pueblos que, bajando de las montañas del Asia superior, emprendieron la ocupación del territorio inmenso que pertenece hoy al Imperio Chino. Seis siglos después, Yao organizaba dicho estado sobre los fundamentos de una burocracia patriarcal. Hacia el año 2200 la dinastía de los Hia fortificó en el pueblo el respeto y la sumisión hacia los poderes públicos, y complementó la constitución social y política del imperio, que se llevó á cabo pacífica y naturalmente, sin una guerra, sin una convulsión importante, sin derramarse una gota de sangre.

En la vida pacífica y bonancible que gozó desde un principio, el pueblo chino adquirió esos hábitos de moderación, prudencia y sensatez, que lo inducen á colocarse siempre en un término medio entre los extremos. "En el medio está la virtud," dice Meng-Tseu. Esa sensatez, y el carácter bondadoso adquirido en largos años de pacífica vida patriarcal, fueron el origen de costumbres muy civilizadas. La mujer obtuvo consideraciones que en ningún otro país del

Oriente le fueron concedidas, y la familia se constituyó sobre la base del mutuo cariño. En cuanto á las ideas, adelantaron extraordinariamente, debido al estudio perseverante é incansable. En consecuencia, el pueblo chino tuvo notables magistrados, emperadores modelos, patriarcas venerables, sabios y reformadores eminentes; y conoció desde temprano la moderación, la bondad, la ternura.

9. Careciendo la historia china del elemento heroico ó guerrero, el pueblo chino careció también de epopeya nacional. Su literatura más antigua se compone de obras puramente líricas ó filosóficas, que fueron recopiladas por Confucio, cuyo verdadero nombre es Kong-fou-tseu, el cual vivió desde el año 551 al 479 antes de Jesucristo. Huérfano á los tres años, adquirió, gracias á los cuidados de su madre, una sólida instrucción, que más tarde lo llevó á la ocupación de puestos públicos. Desde éstos restableció la costumbre, que había caído en desuso, de honrar á los muertos, y, dedicándose á la meditación y al estudio, conquistó bien pronto fama de filósofo. Recorrió el Celeste Imperio predicando su doctrina, que consistía principalmente en el respeto por la tradición, y debido á su sabiduría y popularidad, fué nombrado primeramente ministro y luego juez supremo. Después de su muerte, fué objeto de una veneración ilimitada; sus preceptos, que participaban de un triple carácter político, religioso,

social, convirtiéronse en leyes, y se llegó á decir, como elogio á los mejores emperadores, que gobernaban con arreglo á los consejos del gran filósofo.

Debemos el conocimiento de la literatura clásica de la China al cuidado de Confucio, que recogió sus elementos dispersos y de más importancia, para formar los *King* (libros), en número de cinco. De éstos, tres son realmente interesantes: el *Yih-King* contiene nociones muy oscuras sobre cosmogonía y sobre las fuerzas de la naturaleza; el *Chou-King* registra los anales de la historia china, hasta la época de Yao, mezclados á consideraciones políticas y máximas morales; y el *Shi-King* encierra 305 composiciones poéticas, todas ellas pertenecientes á la más remota antigüedad, y seleccionadas entre más de tres mil. Estas poesías son todo lo que queda de la primitiva forma del lirismo chino, esencialmente popular, pero son suficientes para dar una idea de su importancia y de sus bellezas. Puede decirse que la época que es hoy para nosotros origen de la literatura del Celeste Imperio, fué también su edad de oro, porque jamás ha alcanzado después la lírica china, la lozana inspiración, la graciosa facilidad y la asombrosa diversidad de formas que adquirió entonces. En esa literatura se reflejan todas las cualidades del pueblo que le dió vida: mansedumbre, sabiduría, ternura, delicadeza; pero la pasión no la anima, y por eso tal vez en

conjunto es más bien monótona que otra cosa. Adolece de pedantismo en ciertas ocasiones, lo que no impide que sea en otras verdaderamente original y espontánea. — En cuanto á la forma, las poesías del *Shi-King* hállanse divididas en estrofas, de igual número de versos la mayor parte, y algunas rimadas. Son muy frecuentes en ellas las repeticiones de un mismo pensamiento con ligeras modificaciones en la frase.

Consagradas como modelo estas composiciones por la autoridad de Confucio, mataron durante cierto tiempo todo estímulo por la poesía, desde que pasaban por ser insuperables é irreemplazables en la memoria de los hombres. Después de la época de florecimiento de la poesía, sobrevino en el Celeste Imperio un período de completa esterilidad, que duró hasta los primeros siglos de nuestra era, en los cuales se produjo el renacimiento chino, que á su debido tiempo estudiaremos.

Hacia el año 213 antes de Jesucristo, el emperador Shi-Hoang-Ti abrió una campaña cruel contra los partidarios de Confucio, y ordenó la destrucción de todas las obras que había dejado. El *Schi-King* pereció conjuntamente con los demás libros, pero una vez muerto el perseguidor, fué reconstituída la obra en su totalidad, según la leyenda, gracias á la prodigiosa memoria de una doncella y de un anciano privado de la vista que la recordaron por entero.

10. Entre los discípulos de Confucio deben ser ci-

tados en primera línea MENG-TSE, ó MENCIO, y TSENG-TSE. El primero dió desarrollo en sus obras á las doctrinas del maestro, mientras que el segundo consignaba las palabras que de su propia boca había recogido, sobre temas de moral y de política. Contrario á Confucio y á sus principios fué LAO-TSEU, filósofo original que en su obra *Tao-te-King* (el Libro de la virtud y de la razón), se dedicó con una profundidad de pensamiento extraordinaria al examen de los problemas de metafísica, que la teoría de su rival, más política que filosófica, dejaba completamente de lado. Lao-Tseu tuvo también muchos discípulos, y al producirse la invasión del budhismo en China, en el siglo primero de nuestra era, se despertó de tal modo el entusiasmo por los estudios religiosos ó filosóficos, que, habiéndose ordenado mucho más tarde una recopilación de los más importantes tratados de aquella época, hubo de hacerse sobre la base de que comprenderían 163,000 volúmenes, de los cuales, en 1818, habían aparecido ya 78,731!

11. Los antiguos consideraban al Egipto como fuente de toda civilización, y ponderaban, no sólo el adelanto de sus leyes, hábitos y costumbres, sino también los progresos de su literatura. El tiempo, que ha respetado los monumentos de Menfis, para asombro de las edades, no ha sido tan benévolo con los escritos de los antiguos sacerdotes de Isis y de Osiris. Forzados nos

habríamos visto, hasta hace poco tiempo, á valorar las letras egipcias por meras referencias de los clásicos, si el estudio más acabado de algunos papiros y de inscripciones halladas en pirámides y sepulcros, no hubiera arrojado cierta luz sobre el mérito de la literatura que floreció bajo el dominio de los Faraones.

De que fué rica y fecunda, dieron prueba las grandes bibliotecas de Menfis y de Tebas, famosa esta última por la inscripción que ostentaba en su pórtico, y que consistía en esta sencilla frase: *Medicina para las almas.* Platón habla de los himnos que los egipcios componían en honor de Isis y de la riqueza de su poesía lírica; Deodoro de Sicilia, de poemas épicos cuyo héroe era Sesóstris, y Herodoto, de anales históricos, que utilizó, como también más tarde, Ma-n-totu ó Maneto, sacerdote de Heliópolis, que vivió hacia mediados del siglo III anterior á nuestra era, y de cuyas obras, escritas en griego, se conservan algunas transcripciones hechas por el cronógrafo Julio Africano.

Sería difícil comprender la desaparición completa de semejante riqueza, si no supiéramos que, tanto los persas, como los griegos, los romanos y los árabes, en sus sucesivas invasiones en el país del Nilo, no hicieron sino destruir ó dispersar los vestigios que quedaban de la antigua literatura. El incendio de una parte de la biblioteca de Alejandría, en tiempos de César,

destruyó, según se supone, muchos de los libros egipcios que aquélla contenía, y el resto, reunido en el Serapeum, fué aniquilado en el IV siglo, cuando la lucha en que paganos y cristianos se disputaron el dominio del mundo.

Lo poco que se conserva de los primeros libros egipcios, proveniente de las traducciones que en tiempo de los Ptolomeos se hicieron al griego, no nos autoriza á formar una idea muy clara ni muy exacta á su respecto, desde que esas pretendidas traducciones son más bien arreglos, en que la obra original ha sido profundamente modificada.

El estudio de las inscripciones tumulares hecho recientemente, ha ratificado la afirmación de los clásicos respecto á la existencia de la forma lírica en la antigua literatura egipcia. Muchos himnos dedicados á diferentes deidades (entre ellos la *Lamentación de Isis y Osiris)*, han sido ya interpretados, y por lo que de la lírica egipcia se conoce, puede casi asegurarse que, á pesar de su riqueza, no tuvo, en su primera faz, otra inspiración que la del sentimiento religioso. Á esta primera época pertenece también el curioso *Libro de los muertos*, que los egipcios ponían junto á los cadáveres, y que contenía plegarias, invocaciones é indicaciones para la peregrinación que el alma del muerto había de hacer forzosamente para llegar ante el tribunal de Osiris.

Á una segunda época, en la cual comenzaron á ser reunidas las obras dispersas en túmulos y monumentos, y sobre todo las que tenían atingencias con la religión y la historia, pertenece Hermes Trimegisto ó Toth, quien más tarde fué considerado como el dios del saber y de las letras, siendo tan sólo, según todas las probabilidades, una personificación imaginaria de la clase sacerdotal. Se le atribuyen obras relativas á leyes sociales y divinas, á ciencias y artes; la institución del culto y de las pompas sagradas; la enseñanza de doctrinas metafísicas, la invención de la geometría, de la aritmética, de la astronomía y de la medicina. Clemente de Alejandría cita diez y seis libros de Hermes, pero otros autores elevan esa cifra hasta la de *veinte mil* y dicen que las obras se hallaban agrupadas en cuarenta y dos secciones, que formaban una especie de enciclopedia nacional y constituían el canon de las creencias y del saber egipcios.

Á la par de esta literatura religiosa se desarrolló otra más profana. En los rollos de papiro que han sido hallados últimamente, figuran al lado de los himnos dedicados á Ramses II, consideraciones históricas, descripciones poéticas, cuentos y narraciones, que se refieren tanto á remotísimas proezas populares, como á las vetustas concepciones del mito. No es posible precisar la edad, muy considerable, de estos cuentos, cuyos temas más comunes son el del pastor consumido por su

imposible amor hacia una diosa; el del héroe aventurero que llega á la fabulosa isla de las Serpientes; el del príncipe que en sus viajes consigue vencer á la princesa de Mesopotamia, y finalmente, el de las momias que en sus túmulos de piedra se complacen en recordar y comunicarse mutuamente las peripecias de su pasada vida.

A una época más cercana pertenecen las máximas de sabiduría de PTAHNOTEP—que fueron escritas en el IV siglo anterior á nuestra era, y que abarcan todo el horizonte de la ciencia de entonces, resumiendo sus conclusiones en forma didáctica,—y también las aventuras de Hardafaf, hijo del rey Chufú, que señalan, por la sencillez de su estilo, un progreso real sobre la forma presuntuosa, oscura y enigmática de los períodos anteriores. No debemos olvidar tampoco que tuvieron su importancia las canciones de origen popular, y que por la espontaneidad y frescura de sus imágenes, se apartan muy marcadamente de los caracteres generales que adornan á los antiguos himnos. Las poesías amatorias, sobre todo, son hermosísimas, delicadas y tiernas. Han sido recopiladas, probablemente, en el último período de la literatura egipcia.

ANTOLOGÍA

CORRESPONDIENTE AL ANTERIOR CAPÍTULO

HIMNO Á LAS AGUAS

¡Oh Aguas! vosotras que todo lo alegráis, fortificadnos para nuestra gran alegría: para la vista. Hacednos participar de vuestro humor propicio, benévolas como madres para nosotros. ¡Oh Aguas! hacednos poderosos. Séannos favorables las aguas luminosas, y por el hecho de ser bebidas, derramen sobre nosotros felicidad. Dueñas de las fuerzas, dominadoras de todas las criaturas, las aguas son el remedio que invoco. Díjome (el Dios) Soma que las aguas contienen toda medicina y el fuego todo beneficio. ¡Oh Aguas! llenaos de virtud medicinal, y proteged mi cuerpo, para que pueda ver el sol todavía por largo tiempo. ¡Oh Aguas! llevaos de una vez todo el mal que hay en mí, como también el que hice al prójimo, y el que me atraje por medio de una maldición. He seguido

hoy el curso de las aguas; heme sumergido en sus ondas.... ¡Oh Agni acuoso! ¡ven á mí revestido de tu esplendor!

(Del *Rigveda.*)

CANTO DE TRIUNFO POR LA VICTORIA ADQUIRIDA SOBRE UNA RIVAL

El sol ha salido; mi fortuna se ha levantado; he vencido, he recuperado el esposo. Soy la luz, soy la cabeza (¿del día?), soy la tremenda sentenciadora; según mi poder, será juzgado el esposo. Mis hijos son castigadores de enemigos, mi hija es reina; y yo misma, triunfante junto á mi esposo, tendré mucha gloria. Realicé el mismo sacrificio por el que Indra, ¡oh Dioses! fué luminoso, y víme libre de una rival. Libre de rival, habiendo muerto á las rivales, victoriosa, triunfante, dispersé á las demás, como dispersan los bandoleros el botín de los transeuntes. Las he vencido, triunfando de las rivales: así, pues, puedo dominar sobre este hombre y sobre la gente.

(Del *Rigveda.*)

HIMNO Á INDRA

¡Oh Indra, tesoro de abundancia y de elogios! Te pertenecemos, y en tí ponemos nuestra confianza. Elévanse hacia tí los himnos, porque no hay quien mejor los merezca. Te pertenecen nuestros cantos, como á la

tierra todos los seres. Tu poder es tan vasto como el cielo, y la tierra, amedrentada, se humilla ante tí. ¡Oh Dios que manejas el rayo! Con él destrozas los flancos de Vritra, de esa inmensa montaña que llena el espacio, y el agua que esconde en su seno vuelve, gracias á tí, á su cauce acostumbrado. ¡Sí, tuyo es el poder soberano!

(Del *Rigveda.*)

LA MUERTE DE DRIÇTADYUMNA [1]

Cuando el magnánimo hijo de Drona llegó al campo enemigo, Kripa y Kritavarman se detuvieron á la entrada como centinelas. Al notar la energía de sus dos compañeros, Açvatthâman, muy satisfecho, les dijo con voz lenta: "Vosotros dos, héroes capaces de llevar á cabo sin ajeno auxilio la destrucción de todos los guerreros, ¡cuán fácilmente concluiréis con los que aquí quedan durmiendo! En cuanto á mí, después de haber reconocido el campo, penetraré en él de incógnito y lo recorreré, semejante al dios de la muerte; vosotros haréis de modo que ninguno pueda huir de aquí con vida: tal es mi plan." Después de hablar de esta manera, Açvatthâman entró en el gran campo de los príncipes, escalando la puerta, y dejando todo temor de lado, una vez dentro, el héroe que conoce

1. Hijo del rey de Panciala, Drupada, suegro y aliado de los Pandavas.

todos los sitios más recónditos, avanzó furtivamente hasta la tienda ocupada por Driçtadyumna.

Cansados de haber realizado ilustres proezas en la batalla, donde desplegaron tanto valor, los Panciales dormían profundamente, cubiertos de heridas, y estrechados los unos contra los otros, sin orden alguno. Habiendo, pues, entrado en la tienda de Driçtadyumna, Açvatthâman distinguió al hijo del rey de los Panciales que reposaba allí cerca sobre su gran lecho, formado por una tela blanca adornada con ricos tapices y festones, y perfumada con incienso y aromas.

El magnánimo héroe, que tan confiadamente reposaba sobre su lecho, sin prever ningún peligro, fué despertado por un fuerte talonazo, y sustraído al sueño por el contacto del talón que lo empujaba. El formidable Panciala, el magnánimo, reconoció en seguida al valeroso hijo de Drona; pero mientras intentaba alzarse del lecho, el fuerte Açvatthâman, reteniéndolo por los cabellos, le golpeó la cabeza, agarrada á dos manos, contra el suelo. El choque fué tan violento, que el Panciala no pudo defenderse. Entonces Açvatthâman, poniendo el pie sobre su enemigo, le aplastó el cuello y el pecho, matando como á una fiera al príncipe que clamaba convulso.

Aunque laceraba al hijo de Drona con las uñas, el Panciala no podía sacárselo de encima: "Hijo de brahmán — gritaba, — triunfa sobre mí con la espada,

apresúrate, y así, merced á tí, entraré pronto en el mundo de aquellos que han obrado bien, ¡oh tú, el mejor de los hombres!" Después de estas palabras, el formidable hijo del rey de los Panciales calló, vencido y subyugado por su poderoso adversario.

Al oir aquellas palabras apenas comprensibles, Açvatthâman respondió: "No, ese mundo no ha sido hecho para los asesinos de brahmanes, ¡oh vergüenza de tus antecesores! y por eso no mereces morir al filo de la espada, hombre estúpido!" Entonces, despreciativo, semejante al león que asalta á un elefante furibundo en su embriaguez, le rompió con tremendos talonazos todas las coyunturas del cuerpo.

Al estrépito que causaba el héroe destrozado en su tienda, despertaron las mujeres y los centinelas; pero creyeron que aquel Açvatthâman, al llevar á cabo semejante acto de violencia—empresa superior á la audacia y á la fuerza de un mortal,—fuese un ser sobrehumano, y en el espanto no pensaron en detenerlo; y por eso el hijo de Drona, que acababa de enviar á su enemigo al reino de los muertos, volvió ileso á su magnífico carro y á él subió lleno de esplendor. Apenas salió de la tienda del Panciala, cuando hizo resonar el horizonte con el estrépito de su carro que se alejaba.

Dirigiólo hacia otra parte del campo, impaciente por hacer estragos en sus enemigos; y, mientras que el va-

leroso y heroico hijo de Drona se alejaba, las mujeres y los centinelas mezclados profirieron altos gritos. Al ver sofocado al príncipe real, todos aquellos guerreros, oprimidos por el dolor, elevaron en su presencia un vivo lamento.

(Del *Mahabarâtha.*)

INCENDIO DE LANKA

Volviendo entonces la mirada á Lanka, el mono que ya en parte había logrado su plan y sentía crecer sus fuerzas, reflexionó en lo que quedaba por hacer: "¿Qué obra, pensó, además de la ya realizada, podría aquí llevar á efecto para afligir más á estos Racsasis? Ya he derrotado el ejército y dado muerte á los Racsasis más valerosos; una parte, y la más noble, de esta selva ha sido devastada. Falta ahora destruir todos los fuertes; una vez arruinados los fuertes de la ciudad, será muy fácil hacer el resto; con poco esfuerzo obtendré plenamente el fruto deseado. Es justo también que con el incendio de aquellas espléndidas casas satisfaga al fuego que arde al rededor de mi cola." É inmediatamente el gran mono, con la cola tan encendida como una nube que relampaguea, corrió por las techumbres de las casas de Lanka, desparramando fuego; y el fuego ardiente, por amor del mensajero, se hizo entonces ministro de Hanumat.

El viento animaba con su soplo las llamas que pren-

dían en aquellos edificios, y que se inflamaban mucho más al verse incitadas, apareciendo llenas de petulancia por las casas, como si fueran las llamas que concluirán con el mundo. Algunos de aquellos grandes edificios, llenos de pedrería y oro, con adornos de perlas y piedras preciosas, caían en ruinas; otros se desplomaban con sus redondas espirales quebradas, como caen del cielo los asientos de los Siddhi beatos, cuando el mérito de éstos llega á la perfección. Envueltas en aquellas llamas contempló las diversas partes de los edificios, ornados de plata y de lapislázuli, de perlas, diamantes y corales. No se saciaba el fuego de vigas quemadas, ni de fuego el valiente mono, ni la tierra de los Racsasis de Hanumat, que allí se hallaban tendidos y muertos. Creciendo siempre con mayor ardor, el fuego engendrado por el viento, con difusos círculos de llamas quemaba á Lanka, llena de Racsasis. Espantados con aquel estruendo y acosados por las llamas, los fieros y valientes Racsasis persiguieron á Hanumat, y tremendos por su fuerza y armados con diferentes armas, asaltaron con dardos, lucientes como el sol, al valiente mono. Parecía aquella turba de Racsasis sitiando al excelso mono, un profundo remolino del undoso Ganges. Entonces aquellos Racsasis arrojaron contra Hanumat ardientes lanzas, dardos adornados con plumas, y hachas. Pero el hijo del Viento, encendido en ira, transformado en terrible figura, des-

montando de un edificio una columna adornada de oro, manejándola al rededor suyo en cien giros diversos y pronunciando bien alto su propio nombre, destrozó á aquellos horrendos Racsasis, como Indra con el rayo destruyó á los Asuros. Lanka, entonces, completamente envuelta en ígneas llamas, viendo muertos á sus héroes, extraordinariamente afligidos á sus guerreros, y sintiéndose vencida por la fuerza y el desprecio de Hanumat, pareció hallarse bajo el peso de una maldición. Y el grande Hanumat, una vez muertos aquellos numerosos enemigos, destrozada la selva con su gran edificio, y arrimado el fuego á las casas de los Racsasis, pensó en Sita.

(Del *Ramayana.*)

ALABANZA DE SITA

Después de narrarlo todo así, el Marutide Hanumat tomó de nuevo la palabra y dijo en alta voz: "El perseverante conato de Rama, la solicitud de Sugriva, la alta virtud de Sita y mi grande expedición, obtuvieron su recompensa. Tal es, ¡oh valientes monos! la virtud de la noble Sita, que podría con su poder ascético sostener al mundo é incendiarlo airada. También puede llamarse ultrapoderoso Râvana, rey de los Racsasis, cuyo cuerpo, al tocar á aquella mujer, no se ha roto en cien partes. No quema tanto la llama del fuego á la mano que la toca, como quema la hija de Gianaça

turbada por el enojo. Hállase, sumamente dolorida, al pie de un árbol de *asoka* en medio del bosque de las *asokas* del cruel Râvana, rodeada de las Racsasis, oprimida por el dolor y el afán, ella, hija de rey, bella y primera entre las mujeres fieles á sus consortes. Porque está completamente dedicada á Rama y unida á él con toda su alma, y no piensa más que en el héroe, como Paulomi en Indra. Y aquella Sita tan dedicada al amor de su esposo, hállase ahora envuelta en una sola y única veste, cubierta de polvo y míseramente afligida por la angustia y el dolor. A duras penas pude aproximarme á confortar á aquella mujer de ojos de tierna cierva, rodeada de torpes mujeres Racsasis, en un jardín de deleite, y asiduamente irritada por ellas; á aquella mujer desconsolada, con la cabellera en una sola trenza, cuyo pensamiento siempre está fijo en su esposo; que yace descolorida sobre la desnuda tierra, como una pálida flor de loto al venir la fría estación, y cuya alma aborrece á Râvana y se ha propuesto morir. No obstante, acerquéme á ella: se lo manifesté todo; y al saber la alianza de Rama y Sugriva, sintió una gran alegría. Puede bien llamarse magnánima aquella que en su dolor mantiene constante sus piadosas prácticas y conserva un supremo afecto á su esposo. Así se encuentra allí la excelsa Sita, sumergida en su afán. Establézcase ahora cuanto debe hacerse en su auxilio.

(Del *Ramayana*.)

IDILIO EN EL DESIERTO

(El Rey Dushyanta se pasea, mirando á su al rededor)

El Rey. — Para que penetre por ella, se abre aquí la entrada del desierto. *(Entrando é imitando el gesto de quien siente un presagio.)* Tranquilo es este desierto; y sin embargo se estremece mi brazo: ¿qué querrá decir esto? Pero en todas partes hay puertas abiertas para las cosas que han de suceder.

Una voz (adentro.) — ¡Por aquí, por aquí, compañeras!

El Rey (prestando atención.) — ¡Oh! Hacia la derecha de estas malezas, se oye como el rumor de una conversación. Iré por este lado. *(Caminando y mirando á su al rededor.)* ¡Oh! ¡son jóvenes penitentes! Con regaderas proporcionadas á su estatura, tratan de dar agua á los tiernos arbolillos. ¡Oh! ¡qué suave aspecto el suyo! Esta graciosa gente que mora en el desierto, no se encuentra facilmente en nuestros gineceos, como tampoco la hermosa planta silvestre en nuestros jardines.

Aquí, refugiado en la sombra, puedo espiar. *(Permanece observando. — Entra Sakountalâ, rodeada de sus amigas, y con una regadera en la mano.)*

Sakountalâ. — ¡Por aquí, por aquí, compañeras!

Anasûyâ. — Querida Sakountalâ: los árboles del desierto de tu padre Kassiapide te son más queridos que tu propia persona, puesto que, á pesar de ser tierna

como un jazmín, estás dispuesta á rellenar sus hoyuelos.

Sakountalâ. — Querida Anasûyâ: no lo hago, sin embargo, por orden de mi padre. Es que tengo una amistad fraternal por estos árboles. *(Hace el ademán de quien riega.)*

El Rey. — ¿Cómo puede ser ésta la hija de Kanva? El Kassiapide debe ser forzosamente corto de vista, cuando obliga á esta niña á que se sujete á los quehaceres del desierto. El sabio que pretende obligar á esta forma natural tan seductora á la fatiga de la penitencia, se esfuerza por cierto en cortar el tronco de una acacia con el solo filo de un pétalo de azul nenúfar. Pero... sea. Sin que lo sospeche, aquí permaneceré para contemplarla. *(Así lo hace.)*

Sakountalâ. — Amiga Anasûyâ: este corpiño de corteza me está demasiado ceñido, por causa de Priyamvadâ. — Me siento sofocada; te ruego que me lo desprendas.

Anasûyâ. — Ya está hecho. *(Desciñele el corpiño.)*

Priyamvadâ (sonriendo.) — Es tu misma juventud la que te aumenta el seno.

Sakountalâ. — ¿Porqué te burlas de mí?

El Rey. – Dice bien aquélla: la corteza ligada con sutiles nudos á la espalda, impide á sus juveniles formas manifestar su belleza, semejante á una flor semioculta entre sus pálidas hojas; ó, mejor dicho, la tosca corteza contrastando con sus hermosas formas, presta

nuevos encantos á su belleza. El nenúfar, rodeado de otras flores, es siempre agradable; las manchas de la luna acrecen su belleza; la delicada joven bajo su hábito de corteza es todavía más fascinadora: ¿por qué no sería éste un adorno para sus suaves formas?

Sakountalâ (mirando á su frente.) — Este manguey con sus ramitas que parecen dedos agitados por el viento, hace como si me invitara; quiero recostarme á su sombra. *(Se acerca al árbol.)*

Priyamvadâ. — Querida Sakountalâ, deténte así un instante.

Sakountalâ. — ¿Porqué?

Priyamvadâ. — Porque pareces una liana abrazada á este manguey.

Sakountalâ. — Mereces tu nombre de Priyamvadâ [1].

El Rey. — Al decir una cosa agradable á Sakountalâ, Priyamvadâ no ha dicho más que la verdad. Su labio inferior se asemeja á una rosada flor apenas abierta; sus brazos, á dos flexibles tallos; la juventud seductora florece en todo su cuerpo.

Anasûyâ. — Querida Sakountalâ: mira esta *navamallikâ* (jazmín), llamada por tí *esplendor de la selva,* y que fué por propia elección, esposa del manguey; la has dado al olvido.

Sakountalâ. — Esto significa que me olvidaré hasta de mí misma. *(Acercándose á la planta y observándola.)*

1. *Priyamvadâ:* la que dice cosas agradables.

En esta amena estación se unen las dos plantas: el *esplendor de la selva*, que rebosa alegría en la frescura de sus nuevas flores, con el manguey que se halla contento al ver cómo germinan sus nuevos retoños. — *(Al hablar así, se detiene y contempla las plantas.)*

Priyamvadâ (sonriendo.) — ¡Oh Anasûyâ! ¿sabes por qué motivo mira tanto Sakountalâ al *esplendor de la selva?*

Anasûyâ. — En verdad que lo ignoro; dilo tú.

Priyamvadâ. — Porque así como el *esplendor de la selva* se unió con un árbol de forma conveniente á la propia, podría encontrar Sakountalâ un esposo que la conviniese. Eso es lo que piensa.

Sakountalâ. — Te lo dice seguramente tu propia fantasía. — *(Amenaza con la regadera á Priyamvadâ.)*

El Rey. — Ésta debería haber nacido de mujer de casta diferente á la del jefe de la casa. Pero que cesen las dudas: ciertamente que es digna de desposarse con un guerrero, puesto que mi noble alma siente ya una fuerte inclinación por ella. En los casos dudosos el íntimo presentimiento de los buenos es la mejor guía. No obstante, me informaré para conocer la verdad á ese respecto.

Sakountalâ (temblando.) — ¡Ohí! ¡Ohí! Bañada por el agua que cayó sobre el jazmín, se ha levantado una abeja y zumba en torno mío. *(Gesto como de quien es molestada por una abeja.)*

El Rey (contemplándola con deseo.) — Bien: hasta la repulsión en ella es seductora. Persigue á la abeja con los ojos, y al moverlos, no amorosamente, sino con miedo, ya ensaya el arte amoroso de mover las cejas; muchas veces *(como celoso)* rozas, abeja, los ojos de movibles párpados, los ojos que tiemblan, y como para decirle alguna cosa en secreto, zumbas suavemente junto á su oído; y cuando te espanta con la mano, chupas, deleitándote, su labio inferior. Nosotros morimos investigando la verdad, y tú, abeja, consigues seguramente tu deseo.

Sakountalâ. — Esta malvada no se cansa. Iréme á otra parte. ¡Cómo! ¿aquí también viene? ¡Oh! ¡salvadme, salvadme de esta pícara abeja provocadora!

Las dos compañeras (sonriendo.) — ¿Quiénes somos nosotras para salvarte? Invoca á Dushyanta, puesto que el Rey es quien protege los bosques de penitencia.

El Rey. — Este es el momento de mostrarme: no teman. *(Dice, aparte y á media voz.)* Que se ponga ahora en evidencia mi persona real.

Sakountalâ (deteniéndose.) — ¡Cómo! ¿Hasta aquí me sigue?

El Rey (acudiendo prontamente.) — ¿Quién, siendo Rey de la tierra un descendiente de Puru, verdugo de los malvados, se atreve á ofender á estas jóvenes penitentes? *(Todas, al ver al Rey, tiemblan un poco.)*

Anasûyâ. — Señor: no se trata ahora de una ofensa

grave: esta querida amiga se asustó de una abeja petulante. *(Señala á Sakountalâ.)*

El Rey (dirigiéndose á Sakountalâ.) — ¡Que vuestra penitencia prospere! *(Sakountalâ permanece muda y confusa.)*

Anasûyâ. — Ahora, acepta los mayores honores de la hospitalidad. Sakountalâ, ve á casa, y busca la copa simbólica (de la hospitalidad); ésta, entretanto *(indicando la regadera)*, será el agua para los pies.

El Rey. — La hospitalidad está ya satisfecha con vuestras corteses palabras.

Priyamvadâ. — Descansa, pues, señor, sentándote en este banco, sombreado por el árbol *saptaparna.*

El Rey. — Vosotras también, cansadas de trabajar, debéis reposar un momento.

Anasûyâ. — Sí, Sakountalâ, es conveniente que nos sentemos también en el banco de los huéspedes; sentémonos aquí. *(Dicho esto, se sientan.)*

Sakountalâ (para sí.) — ¿Cómo es que al ver á este hombre he sido susceptible de una turbación contraria á todo lo que se practica en este desierto?

El Rey (observándolas á todas.) — ¡Qué agradable armonía de formas hay entre vosotras!

Priyamvadâ (sumisa.) — ¡Oh Anasûyâ! ¿quién es este hombre? Su aspecto es vivaz y al mismo tiempo grave, y posee el blando lenguaje de persona munida de gran majestad.

Anasûyâ. — Amiga, yo también soy curiosa. Ahora lo interrogaré. *(En alta voz.)* La confianza que engendra tu suave lenguaje, ¡oh señor! me mueve á hablar: ¿qué regia estirpe de sabios se ilustra con tu señoría? ¿Qué país está ahora triste por tu ausencia? ¿Qué motivo pudo inducirte, todavía en temprana edad, á buscar la incomodidad de esta selva de penitencia?

Sakountalâ (entre sí.) — ¡Oh, corazón mío, regocíjate, puesto que esta Anasûyâ ha traslucido lo que deseabas!

El Rey (entre sí.) — ¿De qué manera me haré comprender ahora? ¿De qué modo disimularé? *(En voz alta.)* Señora: yo soy aquel á quien el Rey descendiente de los Puru colocó en la administración de justicia, y vengo á esta selva sagrada para ver si en ella se perturban los ritos solemnes.

Anasûyâ. — Los virtuosos penitentes hallaránse entonces bien protegidos. *(Sakountalâ muestra el pudor de quien ama.)*

Las dos compañeras (observándola y humildemente.) — ¡Oh Sakountalâ! si tu padre estuviese aquí ahora...

Sakountalâ (encolerizada.) — Y bien: ¿qué sucedería?

Las dos compañeras. — Contentaría á este insigne huésped, haciéndolo dueño de una vida.

Sakountalâ. — Idos de aquí; bien sé que no me habláis sinceramente; ya no prestaré atención á vuestras palabras.

El Rey. — Ahora preguntaré á vuestras señorías algo que se relaciona con esta amiga.

Las dos compañeras. — Señor, será para nosotras un honor que nos interrogues.

El Rey. — El beato Kassiapide está continuamente dedicado á las meditaciones de los Vedas, y vuestra amiga es su hija, según se dice: ¿cómo puede ser esto?

Anasûyâ. — Escucha, señor; existe un sabio de gran majestad, que dió nombre á su estirpe, llamado el Kussikide.

El Rey. — Existe, según dices.... ¿y bien?

Anasûyâ. — Ése fué el padre de nuestra querida amiga, pero la adoptó después, hallándola abandonada, y con objeto de alimentarla, el Kassiapide.

El Rey. — Esta palabra "abandonada" ha despertado mi curiosidad: quiero saberlo todo desde su comienzo.

Anasûyâ. — Escucha, señor: una vez, los dioses espantados, enviaron á la tierra una ninfa, de nombre Menakâ, para que turbase el espíritu de ese sabio de regia estirpe ocupado en una terrible penitencia, en las orillas del Gautamî.

El Rey. — Los dioses tienen en gran temor á la devoción ajena.

Anasûyâ. — Entonces, al llegar la primavera, cuando el sabio contempló la belleza embriagadora de esa.... *(Aquí se interrumpe simulando pudor.)*

El Rey. — Lo que viene después se comprende; esta es hija de aquella ninfa....

Anasûyâ. — ¡Oh! ¿cómo sabes?....

El Rey. — Todo se combina: ¿acaso semejante belleza podía nacer de mujeres mortales? No nace del seno de la tierra la trémula luz del relámpago. *(Sakountalâ permanece con la vista baja.)*

El Rey (para sí). — Mi deseo se ha satisfecho; pero proyecté bromear respecto á esa niña, sobre encontrarle un marido, y me encuentro ahora con el espíritu turbado.

Priyamvadâ (sonriendo y mirando á Sakountalâ, pero con la cara vuelta al héroe). — El señor me parece todavía con deseo de decir algo más.... *(Sakountalâ amenaza á su amiga con el dedo.)*

El Rey. — Eres buena observadora; queda todavía algo por preguntar en el deseo de conocer íntegra esta interesante historia.

Priyamvadâ. — Basta de incertidumbres: no está obligada á guardar silencio la gente que vive de penitencia.

El Rey. — Yo quiero saber *algo* respecto de vuestra amiga. ¿El voto que le prohibe amar debe observarse *solamente* hasta el día en que pase á poder de un esposo, ó acaso está obligada á vivir hasta el fin de sus días con las queridas gacelas de ojos parecidos á los suyos?

Priyamvadâ. — Señor: esta mujer está sometida á voluntad ajena mientras dure la vida de penitencia; y la intención del venerado Kassiapide es darla á un marido que le convenga.

El Rey (*para sí*). — Este deseo es fácil que se realice. ¡Oh corazón mío! espera: ya se disipa la duda; lo que temía que fuese llama abrasadora, es un brillante que se puede tocar.

Sakountalâ (*como encolerizada*). — ¡Anasûyâ, me voy!

Anasûyâ. — ¿Por qué?

Sakountalâ. — Voy á contar á la veneranda Gâutamnî que Priyamvadâ está diciendo tonterías.

Anasûyâ. — Amiga: no es propio que abandone su puesto, dejando á tan insigne huésped, sin cumplir con los deberes de la hospitalidad. (*Sakountalâ se va sin responder.*)

El Rey (*deseando seguirla y conteniéndose, dice para sí*). — ¡Oh! ¡oh! ¡qué parecida es el alma de un amante á sus movimientos, puesto que deseando seguir á la hija del anacoreta, de pronto, por decencia, me detuve; aunque no me moví de mi puesto, la seguí un momento con el alma, pero ya volví sobre mis pasos.

Priyamvadâ (*deteniendo á Sakountalâ*). — No es conveniente que te vayas.

Sakountalâ (*frunciendo el entrecejo*). — ¿Por qué?

Priyamvadâ — Me debes todavía el riego de dos árboles; ven conmigo: cumple tu deber y después te irás. (*Con un poco de violencia, la hace volver atrás.*)

El Rey. — ¡Oh! veo que la niña está fatigada de regar los árboles; por cierto que sus espaldas se inclinan muellemente debido al cansancio; los brazos se encienden ya de tanto agitar la regadera; tiémblale el seno á causa de la respiración fatigosa; el sudor de la cara gotea sobre la flor de *esirisha* que lleva á modo de pendiente; y como se ha deshecho el lazo que sujetaba sus cabellos sueltos, vese obligada á recogerlos con una mano. Mejor será que yo termine su tarea. (*Así diciendo, quiere darle un anillo. Las dos compañeras se miran al leer las letras del sello que ostenta el nombre del rey Dushyanta.*)

El Rey. — No se me considere más de lo que soy: éste es un don que recibí del Rey; reconoced en mí tan sólo á un vasallo del Rey.

Priyamvadâ. — No es necesario que te prives del anillo: basta tu palabra para librar á ésta de su deuda. (*Después de breve pausa.*) Vamos, Sakountalâ, el piadoso señor.... ó sea el gran Rey, te ha libertado: puedes irte.

Sakountalâ (*para sí*).— Si soy dueña de mí misma.... (*en alta voz*) ¿quién eres tú para despedirme ó detenerme?

El Rey (*observando á Sakountalâ, aparte*). — Tal vez

siente ahora por mí, lo que siento yo por ella. ¿Se vería satisfecho mi deseo? Porque si bien "no mezcla sus palabras con las mías, tampoco deja de prestar atención á lo que hablo, y la verdad es que si no me mira á la cara, sus ojos no se dirigen á otro objeto."

(*Voces de las quintas*). — "¡Hola, hola, penitentes! reunid los animales del desierto para defenderlos, porque se acerca cazando fieras el Rey Dushyanta; ya el polvo levantado por el casco de sus caballos cae sobre los hábitos de corteza reblandecidos por el agua y puestos á secar, como una turba de langosta sobre los árboles del desierto á la caída del sol," y "como el elefante salvaje que, espantado á la vista del carro del Rey, dispersando las gacelas, perturbando nuestras penitencias, llevando al pie una cadena ó una liana enredada, lo arrastra todo con ímpetu violento, así se aproxima."

El Rey (*para sí*). — ¡Oh desgracia! Mi gente por buscarme trae la confusión al desierto; es preciso que me vaya.

Las dos compañeras. — Señor, estamos espantadas á causa de este acontecimiento: permítenos refugiarnos en esta casa.

El Rey (*turbado*). — Podéis ir; trataremos de que cese la tormenta cernida sobre este desierto. (*Se levantan todos.*)

Las dos compañeras. — Ruborizadas hacemos notar al señor que la insuficiente hospitalidad ofrecida hoy es una razón para que lo volvamos á ver.

El Rey. — No, no es así: el haberos visto me tiene plenamente satisfecho.

Sakountalâ. — ¡Oh Anasûyâ! mi pie ha sido herido por la espina de un joven *kuça;* y el hábito de corteza está prendido en las ramas de este *kuravaka;* espera que me liberte. (*Mirando todavía al Rey y demorándose á propósito, se aleja con las compañeras.*)

El Rey. — Ahora me es indiferente volver á la ciudad, y cuando me haya reunido con mi escolta, la haré acampar no lejos de la selva de penitencia. A la verdad, no puedo dejar de ocuparme de *Sakountalâ;* "puesto que si el cuerpo va hacia adelante, el alma, en desacuerdo, huye hacia atrás, como la tela de una bandera llevada contra el viento."

(Del *Sakountalâ.*)

ELEGÍA

No se puede llegar á la cima del monte sin pasar por caminos arduos y duros; no se puede llegar á la virtud sin esfuerzo y sin trabajo. Ignorar la senda que se debe tomar, y ponerse en camino sin guía, es desear extraviarse, es ponerse en peligro de perecer. Mi objeto era escalar la cumbre del Taishán, para

gozar de nuevo de la espléndida vista que ofrecen las cuatro partes del mundo á la atenta mirada; ni su elevación, ni los espesos árboles que lo cubren, ni los precipicios que allí se encuentran podían asustarme; sabía que había sendas á través del bosque, que había puentes sobre los abismos y eso me tranquilizaba. Pero ¡ay de mí! todo desapareció. Las hierbas selváticas, las zarzas y las espinas cubren todos los caminos: ¿cómo encontrar las antiguas sendas? Los puentes se hallan abandonados ó rotos: ¿cómo arriesgarse por ellos sobre los abismos? ¿Podré trazar nuevos caminos ó construir nuevos puentes? Fáltanme los útiles necesarios. Las pasiones sofocaron todos los gérmenes de la virtud: ¿cómo hacerlos retoñar? Esforcéme en vano en mostrar las sendas que conducen á la sabiduría á aquellos que las quisieron seguir, y no habiéndolo logrado, no me queda más consuelo que el gemido y el llanto.

(De *Confucio.*)

CANTO DE UN SOLDADO CHINO QUE PARTE PARA LA GUERRA

Resuena el tambor con su redoblado *tang-tang.* Corren los soldados, dispónense en círculo, agitan las armas y ofrecen desde ya el aspecto de combatientes. Ocúpanse unos de cavar la tierra; fundan otros una

ciudad en el país de Tsao. Sólo yo prosigo mi camino hacia el Mediodía. Por obra del general San-tsee-ciong existe ya la paz entre los reinos de Cin y de Song, y sin embargo no he conseguido aún juntarme con los míos, y mi mente está inquieta. Mientras reposaba sentado, perdí mi caballo, y buscándolo llegué al bosque. Concluí contigo un pacto sagrado: muertos ó vivos, aun alejados y separados uno del otro, no podríamos sin culpa violar aquel pacto. Estreché tu mano entre las mías, en señal de mutua fidelidad, y me prometiste vivir junto á mí hasta la extrema vejez. ¡Ay de mí! vivo aislado en tierra lejana, y no puedo prolongar más mis días. ¡Qué infeliz soy! No puedo vivir para rescatar, como quisiera, la fe jurada.

(Del *Shi-king.*)

HIMNO COSMOGÓNICO Y FILOSÓFICO

Los seres de forma corpórea nacieron del Caos. Antes de existir el cielo y la tierra, sólo existía un silencio inmenso, un vacío infinito, sin formas perceptibles. Sólo él existía, infinito, inmutable; circulaba en el espacio sin límites; puede ser considerado como creador del Universo. Ignoro su nombre, pero lo llamo *Tao* ó Razón Suprema Universal; obligado á calificarlo, lo califico de grande, de alto; siendo grande, alto, lo llamo vasto; siendo vasto, lo llamo lejano, infinito;

siendo lejano, infinito, lo llamo "lo opuesto á mí". El hombre tiene su ley en la tierra; la tierra tiene su ley en el cielo; el cielo tiene su ley en el *Tao* ó Razón universal. La ley universal tiene su ley en sí misma.

(Del *Tao-te-king* ó Libro de la Razón y de la Virtud.)

CAPÍTULO PARA SUBIR AL CIELO JUNTO AL DIOS RA

Línea 1.ª ¡Oh Ra, que resplandeces esta noche! Todo servidor tuyo es, mientras vives, servidor de Thot, que hace levantar á Horus esta noche;

" 2.ª es una satisfacción para Osiris contarse entre ellos. Sus enemigos son rechazados por las flechas del Osiris N [1] que sirve á Ra y que de él recibe sus armas. Llega

" 3.ª en tí su padre Ra. Sigue á Shou, invoca la diadema, se sustituye á Hou, envuelto en el velo de la senda de Ra, esplendor suyo.

" 4.ª Este jefe llega á los extremos del horizonte. La diadema lo rechaza. El Osiris N se levanta. Tu alma le sigue.

" 5.ª Tu alma es fuerte por tu miedo y su terror. El Osiris N da órdenes dictadas por Ra en el cielo. ¡Salve, Dios grande, que estás hacia el Oriente del cielo! Ve

1. Osiris N es el nombre del muerto para el cual se ha escrito el libro. Según la religión egipcia, todo muerto se convertía en un Osiris.

Línea 6.ª en la barca de Ra, como sagrado esparavel, á ejecutar las órdenes dictadas, y castigando como si dueño fueras de su barca. El Osiris N. va dentro

" 7.ª de la barca, navegando en paz hacia el buen Amenti-Toum, que le pregunta: ¿Vas á entrar? La víbora Mebén se compone de una extensión de millones de años, de Our á Nifour. En el estanque

" 8.ª de los millones de años se agitan todos los dioses. El dios que reparte las palabras, señor sin igual, cuya senda está en el fuego, hace allí su camino de millones de años. Se camina sobre el fuego cuando se le sigue.

(Del *Libro de los Muertos.*)

HIMNO AL SOL

¡Gloria á Ra, Tum, Khepar, Harmakhu! ¡Homenaje á tí, Shu, niño divino que renaces todos los días! ¡Honor á tí, que resplandeces todos los días en el cielo para mantener la vida de aquellos á quienes creaste; á tí que has formado el cielo y los misterios de sus horizontes. ¡Honor á tí, oh Ra! Él, cuando se despierta, irradia vida á los hombres. ¡Homenaje á tí, que creaste todos los seres! Cuando se acuesta

su forma es ignota. ¡Honor á tí! Cuando vagas por el cielo, los dioses que se acercan á tí brincan de alegría.

(Versión indirecta de la traducción italiana en el *Florilegio Lírico* de Gubernatis.)

CAPÍTULO SEGUNDO

1. Literatura asiria. — 2. Literatura fenicia. — 3. Literatura persa; Zoroastro; el *Zend Avesta*. — 4. Literatura hebrea; la *Biblia*. — 5. Literatura japonesa.

1. La raza semítica, á la cual pertenecieron los asirios, hebreos, cananeos y arameos, oculta, como la raza aria, los orígenes de su civilización en la noche de los tiempos prehistóricos. Al mismo tiempo que á orillas del Hoangho y del Ganges se desarrollaban las portentosas literaturas de la China y de la India, entre el Eufrates y el Tigris nacían, para desenvolverse rápidamente, las letras asirias. No es posible fijar la anterioridad recíproca de esas manifestaciones del progreso humano, y solamente en hipótesis, considerando que las literaturas semíticas poseían ya un carácter *subjetivo* cuando las literaturas de origen ario se hallaban recién en el período de la inspiración *objetiva*, es que ciertos autores han supuesto la anterioridad de aquéllas. Pero como la evolución literaria no es igualmente rápida en todos los pueblos, esa hipótesis ca-

rece de fuerza convincente, puesto que una literatura retardataria y otra de precoz desarrollo bien pueden tener la misma antigüedad aunque ofrezcan síntomas y caracteres distintos al observador.

Los pueblos semíticos más antiguos fueron Babilonia y Asiria. Testimonio de su floreciente literatura son las inscripciones llamadas *cuneiformes,* cuya invención se atribuye al antiquísimo pueblo asirio de los *sumerios,* que poseía también un idioma especial, considerado como sagrado. De esas inscripciones, hechas en piedra y preferentemente en alabastro, han sido halladas muchas en las excavaciones de Nínive y Babilonia. Algunas remontan su antigüedad probable á cincuenta siglos antes de nuestra era. Últimamente, al descifrar esas lápidas, se han encontrado en ellas no sólo himnos y plegarias, fórmulas de conjuro y canciones amorosas, en gran cantidad, sino también fragmentos de una verdadera epopeya: las *Narraciones de Izdubar.* Según Lenormand, Izdubar es un dios, convertido por la epopeya en un guerrero y soberano que, después de muchas peripecias, llega á conquistar la inmortalidad. No ha sido posible reconstruir ni completar todo el poema, y sólo se conocen de él algunos trozos episódicos, como los que refieren la conquista del toro alado, la muerte del monstruo marino Bull, la derrota de Belesu, rey de Ereñ, y el desposorio de Izdubar con Istar ó Astartea. Son también episodios

más extensos é importantes de este poema, la narración que hace Xisuthrus de cómo aconteció el diluvio, salvándose él en un arca, por disposición de la divinidad, y el pequeño poema de la *Bajada de Istar á los Infiernos*, en que se relata cómo pierde la tierra toda su fertilidad mientras la diosa permanece en el mundo de los muertos; cómo se ve despojada Istar de todos los adornos para poder penetrar en el infierno y cómo recupera su corona al volver á ver la luz del día. — A esta epopeya, que constaba, según se supone, de doce cantos, pertenecen infinidad de leyendas míticas, entre ellas la del pájaro Zu, la del dios Nirgal, y la del sabio Atarpi.

En cuanto á la antigüedad de esta producción, sólo puede fijarse aproximadamente. Las inscripciones se han encontrado entre las ruinas del palacio de Assurbanipal (Sardanápalo), que vivió en el séptimo siglo anterior á nuestra era, pero hay quien supone que las placas fueron grabadas más de mil años antes de esa época; lo que daría todavía mayor ancianidad á las leyendas, que, reunidas, constituyeron el poema. Otras inscripciones halladas en el mismo palacio, contienen la historia del Imperio asirio, desde la época de su mayor esplendor, hasta la de su conquista por Ciro. No se conoce el nombre de ningún escritor asirio ó caldeo de remota antigüedad, y sólo se conserva el de Beroso, contemporáneo de Alejandro el Grande, sacer-

dote de Baal, que escribió una historia de su país, titulada *Babilónicas*, aprovechando para ello los archivos del templo en que vivió. La obra, escrita en griego, se ha perdido, pero quedan de ella fragmentos dispersos en las obras de Josefo, Eusebio y los Padres de la Iglesia.

2. Estrechamente unidos con los babilonios halláronse los fenicios, por su origen, por su religión y hasta por el idioma. Es dado presumir, por consiguiente, que la literatura asiria ha tenido gran influencia sobre la fenicia. De ésta no nos queda un solo vestigio en el idioma nacional. Sin embargo, aunque vagas y sospechosas las nociones que los escritores clásicos nos han trasmitido á su respecto, es posible conjeturar sobre ellas, que los fenicios poseyeron en una remota antigüedad anales históricos y leyendas cosmogónicas, perdidas por completo para nosotros.

En el siglo trece anterior á nuestra era, figuró un notable escritor, Sakunyathon, quien escribió una *Historia de la Fenicia*, traducida más tarde al griego por Phylón de Byblos, y de la cual nos han conservado algunos fragmentos Pórfiro y Eusebio. También existe una versión griega del *Periples* de Hannón, navegante cartaginés del VI siglo (antes de J. C.).

3. Los persas pertenecen á la rama iraniana de la raza aria. Mientras la rama hindú se establecía en el Pendshab, después de atravesar la majestuosa cordillera

del Himalaya, aquélla ocupaba las planicies situadas al norte, donde, según la leyenda, el rey Dhjamshid la inició en los secretos de la agricultura y de las artes industriales. Desde las más remotas épocas, se produjo una honda división en el pueblo persa: la parte ilustrada constituyó el *Irán* (nación de la luz) y la parte salvaje ó bárbara el *Turán* (nación de las tinieblas). Entre estas dos ramas de una misma nación hubo continuas luchas, que dieron origen á una leyenda heroica, la cual, unida á los elementos literarios que recogieron los persas en las orillas del Eufrates, constituye la base principal de su antigua literatura. Ésta se manifiesta principalmente en el idioma *zend*, unido por estrechos vínculos con el sanscrito.

Las obras más antiguas de la literatura persa son los sagrados libros del *Zend Avesta*, cuya redacción se atribuye á Zarathustra ó *Zoroastro* (estrella de oro), reformador de la antigua religión popular, en una época que ha sido imposible fijar hasta ahora, fluctuando las opiniones más autorizadas, entre fechas tan distintas como la de diez y la de veinte siglos antes de nuestra era. El *Zend Avesta* se componía de veintiún *naskas* ó libros, consagrados principalmente á las prescripciones del culto y á la exposición de los dogmas del magismo. Trataban de la naturaleza de Dios y de las almas; de la plegaria y de la limosna; de la fe, y de la obediencia debida á las leyes. Se ocupaban además

de astronomía, de medicina, de los animales que es permitido comer, de las fiestas y sus ceremonias; del hombre; de las riquezas y su empleo; del secreto de ciertos prodigios ó fenómenos naturales. El más famoso de estos libros, el vigésimo, lleva por nombre *Vendidad* é indica la manera de preservarse de las creaciones de Ahrimán, ó sea el "espíritu malo" de la religión persa. Este es el único libro del *Zend Avesta* que conocemos por entero: de los demás sólo se han conservado fragmentos.

El *Zend Avesta* está dividido en dos partes. Constituyen la primera los libros escritos en idioma *zend*, denominados en conjunto *Vendidad-Sadé;* y forma la segunda el *Yecht-Sadé* ó pequeño Avesta, recopilación de noventa y siete plegarias. En el *Vendidad-Sadé*, son dignos de mención: el *Vendidad* propiamente dicho, consagrado á la liturgia y á cuestiones de derecho; el *Yasna*, que trata especialmente del rito de los sacrificios, y el *Vispered*, colección de invocaciones y plegarias. Según la tradición conservada por estos libros, los antiguos persas creían en un principio eterno de las cosas, en una fuerza natural latente, designada bajo el nombre de *Zerrane Akerené* (infinito eterno), — personificada á la vez en *Ormuzd* (*Ahura Mazda* ó suprema inteligencia), principio creador, cuyo emblema es el sol, y que tenía á sus órdenes, para hacer el bien, á los *Amscha spenta* ó santos, — y en *Ahrimán*,

espíritu perverso, empeñado en perpetua lucha con el principio creador y vivificante, y jefe de los *dacras* ó genios malignos.

Junto á esta leyenda mitológica y cosmogónica, existe otra de índole heroica y que se manifiesta en forma épica. Según ella, existía, en el comienzo de todas las cosas, un paraíso terrestre sobre el cual reinaba *Iama*, dios de la Paz. Habitaba en ese paraíso Feridún, quien repartió el territorio que le pertenecía entre sus tres hijos: *Tur*, *Sehn* é *Iredsch*. Los dos primeros asesinaron á éste, jefe de los i anianos, los cuales á su vez declararon á Turán una guerra encarnizada, en la que se distinguió entre todos *Rustem*, el héroe persa. De la primitiva forma de esta leyenda se conservan pocos rastros, y se conoce de ella principalmente lo que fué recopilado y escrito, en épocas más adelantadas, bajo el dominio de los Sasanidas.

El *Zend Avesta* recién fué conocido en Europa en el siglo pasado, debiéndose su primera versión á un idioma vulgar á Anquetil Duperrón, quien, después de ocho años de estudios en Asia, publicó en 1771 su traducción completa de la obra de Zoroastro, con un prólogo explicativo.

4. Palestina fué cuna de la literatura hebrea, la cual en sus comienzos sufrió la influencia directa de las letras egipcias, como en su desarrollo la de la civilización babilónica. Los orígenes de esa literatura

se remontan á más de tres mil años antes de nuestra era, y su esplendor se prolonga hasta épocas en que han desaparecido ya por completo las literaturas extranjeras que protegieron y determinaron sus progresos.

El período de principal desenvolvimiento en la literatura hebrea llega hasta el segundo siglo anterior á nuestra era, abarcando la época de la autonomía nacional, que fué la de su mayor esplendor. Desde temprano poseyeron los hebreos un sistema de escritura alfabética casi idéntico al fenicio, del cual es una muestra la inscripción en piedra que hizo grabar el rey Mesa hace cerca de tres mil años, y que actualmente existe en el museo del Louvre, en París. Más tarde, durante el tiempo del cautiverio en Babilonia, los hebreos trocaron su método deficiente de escribir por el más cómodo y fácil que practicaban los asirios. En cuanto al primitivo idioma hebreo, constituía una modificación original y rica del lenguaje semítico, hasta que adulteró sus voces propias, por la influencia de palabras arameas, egipcias, griegas ó persas, que con aquéllas se mezclaron.

La literatura hebrea es principalmente histórica ó poética. Los veinticuatro libros que componen la *Biblia* (palabra que en griego significa *los libros*), pueden clasificarse en dos grupos: prosaicos y poéticos. El primero se compone de los libros histórico-míticos, dogmático-litúrgicos y de las recopilaciones de leyes

sociales y políticas. El segundo contiene las poesías líricas, idílicas ó didácticas, y los libros llamados *proféticos*.

Entre las obras prosaicas de la literatura hebrea, se destaca, por su importancia y en primera línea, el *Pentateuco*, ó sea la colección de los cinco libros atribuídos á Moisés, pero que evidentemente fueron compuestos durante la época de esclavitud (604 á 535 antes de Jesucristo) y con el objeto de avivar la llama del patriotismo, por medio del recuerdo de las viejas tradiciones, transformadas en canon de la religión, de las costumbres, y de la nacionalidad hebreas. Excepción hecha de la parte mítica de estos libros, en que se reproducen, reformadas, las antiquísimas leyendas del Oriente acerca del génesis universal, de la creación del hombre y del diluvio, el Pentateuco es una obra puramente histórica, desprovista de galas literarias, y en la cual se ha perseguido más la utilidad que la belleza. Idéntica cosa puede decirse de los libros de *Josué*, los *Jueces*, *Samuel*, los *Reyes*, la *Crónica*, *Esra* y *Nehemías*, en los cuales predomina siempre el objeto utilitario de consagrar los mitos, las formas litúrgicas ó las costumbres sociales.

En las obras poéticas de los hebreos predomina, con fuerza extraordinaria, un mismo sentimiento: el amor y el respeto hacia Jehovah. Esta idea avasalladora fué causa de que la literatura hebrea careciera

casi por completo, de manifestación en dos géneros importantes: la epopeya y el drama. Apenas si pueden considerarse como cantos épicos las leyendas sobre Débora y Sansón, y como síntomas dramáticos, los diálogos del *Cantar de los cantares*. Ya hemos visto cómo los grandes poemas sintéticos del Oriente tienen su origen en la fantasía popular, que se complace en recordar y arreglar las leyendas nebulosas y contradictorias de la antigua mitología. El pueblo hebreo no conoció jamás ese entretenimiento tan común en la infancia de los otros pueblos, y su monoteísmo absorbiendo todo el sentimiento popular en la adoración hacia un único Dios, absorbió también su fantasía, su imaginación, su albedrío. Los hebreos no tuvieron epopeya porque no conocieron más héroe que Jehovah, único director de sus destinos, único ganador de sus batallas, único inspirador de sus reyes, sacerdotes y profetas, y el cual por impecable y perfecto, no podía prestar interés *humano* á una larga epopeya. Por la misma razón no conocieron el drama, cuyo interés está en el conflicto entre las voluntades, las pasiones y los sentimientos distintos, que son expresión de las distintas individualidades; cosa que ignoró siempre el pueblo hebreo, para el cual no existió más voluntad ni más personalidad autónoma que la de Dios.

La poesía hebrea es, pues, casi exclusivamente, lírica ó didáctica. Sus primeras manifestaciones (de las cuales

conserva el *Deuteronomio* algunos ecos casi perdidos) son evidentemente de origen popular. Más tarde (recién en el sexto siglo antes de J. C.) aparece la poesía lírica religiosa, bajo la forma de *Salmos*, de los cuales figura en la Biblia una recopilación de ciento cincuenta, pertenecientes á distintos autores, tales como David, Salomón, Assaf, Hemán y Ethán. Estas poesías, inspiradas en el más ardiente afecto hacia Jehovah, rayan á gran altura, tanto por la profundidad de la idea, como por la belleza de la forma, que resplandece en deslumbradoras imágenes. Pertenecen también á la poesía religiosa las *Lamentaciones* de Jeremías, que lloran la destrucción de Jerusalén y la esclavitud de Judea, y que encierran en sí verdaderos tesoros de inspiración elegíaca.

Pero la manifestación más brillante de la lírica hebrea está en el *Schir Haschirim*, ó sea *El cantar de los cantares;* título que, por su mérito extraordinario, dieron los judíos á un idilio de autor ignorado, que vivió en el siglo IX antes de Jesucristo. Este poema encantador, completamente profano, pinta el ardiente amor que consume á la Sulamita, la cual, encerrada en el harén del rey Salomón, gime y se desespera por unirse con el humilde pastor á quien ha entregado su cariño. Se ha pretendido dar á este poema un sentido simbólico, personificando á la Iglesia en la Sulamita y á Jesucristo en el esposo invocado con tanta ansia

como cariño; pero la forma misma del libro, cargada de imágenes profanas y muchas veces marcadamente eróticas, destruye por completo esa suposición. La originalidad y la abundancia de las comparaciones, la audacia de las metáforas, lo enérgico y patético de la frase apasionada, hacen de este poema el canto de amor más sublime de todos los que se han escrito.

Al género lírico didáctico pertenece el libro de *Job,* obra basada sobre una leyenda antigua, pero de origen relativamente moderno en su forma actual, puesto que debe ser posterior á la época del cautiverio, por lo avanzado de ciertas doctrinas filosóficas, como la de la inmortalidad del alma, que no conocieron los primitivos judíos. Se ignora quién fué el autor de este libro sublime, en el cual, quebrantada ya la primitiva fe en la justicia infalible de Dios, se demuestra cómo la cólera de Jehovah puede herir indistintamente al justo y al protervo, y se aconseja la paciencia y la resignación como únicos y supremos remedios contra las desventuras que no han sido atraídas por nuestras propias faltas. Más acentuado se presenta aún el pesimismo en el *Koheleth* ó *Eclesiastes,* falsamente atribuído á Salomón, y que debe haber sido compuesto hacia el III siglo antes de Jesucristo. Este libro encierra la más desconsoladora concepción de la vida, desde que no encuentra que la existencia tenga un objeto razonable, y sólo considera á la fe como refugio

para los que huyen de las vanidades del mundo. Contrastan con tan negras teorías los libros de los grandes profetas Isaías, Daniel y Ezequiel, tan llenos de ardorosos llamados á la fe y al patriotismo, de valientes imprecaciones contra los malvados y los opresores del pueblo, y de deslumbrantes visiones, hijas de una fantasía arrebatada y grandiosa. Contrastan también con el espíritu tétrico y sombrío del *Eclesiastes*, el delicado idilio campestre de *Ruth;* la interesante narración de *Esther*, que pertenece tal vez al género de la novela histórica; y la interesante recopilación de *Proverbios*, todos de una gran sabiduría, é impregnados de verdadero sentimiento poético. Algunos de esos proverbios pertenecen al rey Salomón, pero la mayor parte son de origen popular.

Los hebreos no emplearon ni el ritmo ni la rima en sus composiciones literarias. Su forma poética les pertenece exclusivamente, y consiste en la concordancia ó contraste de dos ideas seguidas que, si no forma un ritmo de palabras, forma indudablemente un ritmo de pensamientos. A esta disposición especial de la frase se le ha dado el nombre de *paralelismo poético*. Algunos autores, como Meier, sostienen que los hebreos usaron, además de ese paralelismo, un ritmo especial para distinguir la poesía de la prosa, y que ese ritmo se basaba especialmente en la acentuación de determinadas sílabas. Pero la verdad de esta afirmación ha sido y es muy contestada.

Todas las obras citadas pertenecen al *Antiguo Testamento*, escrito por completo en lengua hebrea, y anterior, en todas sus partes, al nacimiento de Jesucristo. El *Nuevo Testamento*, que forma parte también de la Biblia, trata del dogma y de la historia del cristianismo, pero sólo indirectamente pertenece á la literatura hebrea, puesto que los libros en él contenidos han sido redactados en griego ó en idioma siro-caldeo. Al tratar de la literatura griega en el Asia Menor llegará el momento de ocuparnos de las diferentes obras que constituyen el *Nuevo Testamento*.

Debemos citar, como manifestación curiosa de la literatura hebrea, y entre las innumerables obras que sobre religión y filosofía se escribieron en los últimos siglos anteriores á Jesucristo y en los primeros de nuestra era, el libro *Iezirah* compuesto por el Rabí Akibah (120 años antes de J. C.), que hizo un resumen de los preceptos principales de la *Kabbala* ó sea "Enseñanza revelada", adulteración de la doctrina bíblica, modificada por leyendas asiáticas y combinada con axiomas de filosofía griega. A la misma época de la Kabbala pertenece el *Talmud* ó *Disciplina*, recopilación de las tradiciones hebreas y de toda clase de comentarios sobre las leyes sociales, religiosas ó políticas de la nación judía. Esta obra, que muchos judíos colocan á la par de la Biblia, puede en cierto punto servirle de comentario. Se compone de dos partes: la

primera llámase *Mischnajoth* ó "Segunda ley", y fué compuesta por el Rabí Tehuda (muerto el año 220 de nuestra era). Es la exposición de las amplificaciones y comentarios que hizo Dios á su propia ley sobre el monte Sinaí, y que comunicó á Moisés, según una antigua leyenda hebrea. La segunda parte tiene por título *Gemara*, ó sea "Aclaración", y es un extracto de los distintos sistemas religiosos que se formaron para explicar la doctrina contenida en el *Mischnaojth*. Fué su autor el Rabí Yochanán Ben Elieser (muerto en 279), quien se propuso introducir un poco de luz y orden en medio de la confusión del dogma y del desorden de las opiniones distintas. Fué trabajo vano, porque, como veremos al hacer el estudio de la literatura judaica durante la Edad Media, esa confusión y ese desorden no hicieron sino aumentar, provocando nuevos comentarios y nuevas disertaciones filosófico-religiosas.

5. La literatura japonesa, de origen relativamente moderno, está íntimamente ligada con la literatura china. El Japón ha tomado para sí las formas literarias, el método científico y hasta los signos de escritura que se habían generalizado en el Celeste Imperio. Más tarde, cuando poseyó su alfabeto propio, no dejó por eso de usar los signos ideográficos de la China: tan arraigados estaban en el hábito popular. A pesar de esta intimidad de relaciones entre los dos países,

la literatura japonesa se distingue de la literatura china en que se halla inspirada por más vehemencia de pasión, en que posee mayor variedad de tonos, y en que refleja continuamente una alta y caballeresca concepción del honor.

Poco es lo que puede decirse de la poesía japonesa en su primera época de desenvolvimiento. Remóntase la fecha probable de su aparición al VII siglo anterior á nuestra era. La leyenda japonesa atribuye á Sosano Ono Mikoto, la invención de la estrofa nacional, llamada *Uta,* y que consiste en un dístico de versos de diez y seis sílabas. Parece evidente la existencia, durante el primer siglo de nuestra era, de una rica producción poética en el Japón, que tuvo manifestaciones en distintos géneros: serios, jocosos, eróticos, didácticos ó satíricos. Numerosas mujeres cultivaron la poesía lírica en esta época, y entre ellas Loto-Ori-Yme (esposa del emperador Inkio), que vivió en el siglo III, y que escribió odas notabilísimas. Algunas de estas primeras producciones figuran en las antiguas recopilaciones poéticas de *Las mil hojas* (Man-jo-suh) y de *Los cien poetas* (Hyak-nin-isju). En los demás géneros literarios, como la novela y el drama, el Japón no produjo absolutamente nada, hasta la Edad Media y principios de la Edad Moderna.

ANTOLOGÍA

CORRESPONDIENTE AL ANTERIOR CAPÍTULO

PLEGARIA DE SARDANÁPALO

Que la mirada solícita que resplandece en tu eterna fisonomía disipe mi tristeza; que el furor y la cólera de Dios nunca se acerquen á mí. Destruyendo mi maldad y mi ligereza, pueda reconciliarme con Él, puesto que soy esclavo de su poder, y servidor de los Dioses poderosos. De tu boca poderosa descienda para mí la felicidad: resplandezca como los cielos, y bendígame con la felicidad y la riqueza. Sea fecunda como la tierra, por la hermosura y la cantidad de sus dones.

PLEGARIA DE NABUNAHID

¡Oh Dios Sin! señor de los Dioses, rey de los Dioses que habitan en el alto cielo: ¡que tu gracia descienda sobre esta casa, al tiempo de tu ingreso!

¡Oh Dios que proteges la Pirámide, la Torre y el Templo de Iz, de la gran Diosa, y los templos de la gran Divinidad: propaga entre los hombres la adoración de la gran divinidad; véanse libres del pecado, y mis obras sean estables á la par del cielo. Y si Nabunahid, rey de Babilonia, fué sin pecar obsequioso para con la gran divinidad, sálvame, concédeme generosamente una vida que dure hasta lejanos días. En cuanto á Baltasar (Belsarr-usur), el hijo de mi corazón, mi hijo primogénito, propaga para él la adoración de la gran divinidad. ¡Salva sea su vida, libre de todo desastre, hasta donde el destino pueda concederlo!

LA BAJADA DE ISTAR AL INFIERNO

Istar, hija de Sin, dirigió el pensamiento al país de donde no se vuelve, al país lejano, reino de desolación, á la morada de Irkalla, á la casa cuya entrada no tiene salida, al sendero del que no se puede volver, á la casa cuya entrada carece de luz, al sitio donde la nutrición es un torbellino de polvo y alimento el fango, donde nunca se ve la luz, donde se habita en las tinieblas, donde los murciélagos vagan al rededor de las casas, y donde puertas y paredes están cubiertas de polvo. Apenas llegó Istar á la puerta del país sin salida, lejano, dió esta orden al guardián de la puerta, al guardián del agua: "Abre tu puerta; abre tu puerta,

atiéndeme, quiero entrar; si no abres la puerta y no puedo entrar, rompo la puerta, rompo la barrera, porque quiero reanimar á los muertos que lacceran á los vivos, para que los vivos sean más que los muertos." Adelantóse el guardián y dijo, volviéndose hacia la noble Istar: "Señora, no te irrites; déjame ir á referir esto á la reina de los grandes númenes!" Se fué el guardián y dijo á la reina:— "Tu hermana Istar ha atravesado estas aguas...." La augusta princesa de la tierra repuso: "Debe habitar cerca de los potentados que abandonaron á sus mujeres; al lado de las mujeres que se alejaron del pecho de sus esposos, y cerca de los hijos desnaturalizados que, antes del tiempo.... Ve, ¡oh guardián! ábrele la puerta, y haz con ella como con los otros visitantes que la precedieron." Fuése el guardián, abrió la puerta y dijo: "Entra, ¡oh señora de Kutha! el palacio infernal se regocijará por tu llegada." La dejó pasar la primera puerta, fué á su encuentro y le quitó la pesada corona. — "¿Por qué, guardián, me quitas la pesada corona?" — "Entra, ¡oh señora! la princesa de la tierra trata así á sus visitantes." La dejó pasar la segunda puerta, y yendo á su encuentro, le quitó los pendientes. — "¿Por qué, guardián, me quitas los pendientes?" — "Entra, señora; así trata á sus visitantes la princesa de la tierra." La dejó pasar la tercera puerta, fué otra vez á su encuentro y le sacó el collar. — "¿Por qué, guardián, me

quitas el collar? — "Entra, señora; así trata á sus visitantes la princesa de la tierra." La dejó pasar la cuarta puerta, fué á su encuentro y le quitó el manto. — "¿Por qué, guardián, me quitas el manto?" — "Entra, señora; así trata la princesa de la tierra á sus visitantes." La dejó pasar la quinta puerta, fué á su encuentro, y le tomó el cinto adornado de piedras preciosas. — "¿Por qué, guardián, me quitas el cinto?" — "Entra, señora; así trata la princesa de la tierra á sus visitantes." La dejó pasar la sexta puerta, fué á su encuentro y le quitó las pulseras y los aros de las piernas. — "¿Por qué, guardián, me quitas las pulseras y los aros de las piernas?" — "Entra, señora; así trata la princesa de la tierra á sus visitantes." La dejó pasar la última puerta, fué á su encuentro, y le quitó la túnica. — "¿Por qué, guardián, me quitas la túnica?" — "Entra, ¡oh señora! así trata la princesa de la tierra á sus visitantes." Y entonces recién descendió Istar al país que no tiene salida. (Mientras se halla Istar en el infierno, todos los males se desencadenan sobre la tierra. La princesa de la tierra ordena que Istar, antes de salir, se bañe en el agua de la vida, y en cada una de las siete puertas, Istar recibe lo que le fué quitado. En la séptima puerta recibe nuevamente su gran corona, que le es colocada sobre la frente.)

INVOCACIÓN AL DIOS FUEGO CONTRA LA MAGIA

El encantador me ha encantado con su encanto; la encantadora me ha encantado con su encanto; el brujo me hechizó con su brujería; la bruja me embrujó con su brujería; la maga me hechizó con su sortilegio: el que dice la buenaventura se pronunció sobre mi suerte imponiéndome un grave fardo; el fabricante de filtros se puso en acecho para recoger su yerba. ¡Que el Dios Fuego, el héroe, destruya todos sus encantos!

CONJURO DE LOS SIETE MASKIM (DEMONIOS SUBTERRÁNEOS)

Los siete, los siete, en el profundo abismo; los siete, abominación del cielo; los siete que se esconden en el abismo profundo y en las vísceras de la tierra, que ni son machos, ni hembras; esos prisioneros que están privados de esposas; que son incapaces de producir hijos; que ignoran el orden; que no escuchan la plegaria; gusanos escondidos en la montaña; enemigos del Dios Ea; saqueadores de los dioses, excitadores de turbulencias, prepotentes agentes del odio.... ¡Espíritu del cielo, recuerda! ¡Espíritu de la tierra, recuerda!

HIMNO EN HONOR DE AHURA-MAZDA

Conceda Mazda-Ahura á este mundo las dos fuerzas de la perfección y la inmortalidad en el dominio de la tierra, por medio de su santa índole, de su buen pensamiento, de su obra pura, de su palabra verídica.

De esta santa índole emana todo el bien que se manifiesta en las buenas palabras salidas de sus labios. Con las manos de Armaiti, Mazda-Ahura, padre de la verdad, produce toda obra de sabiduría. Por intercesión de esa santa índole, creaste en este mundo á Ranjoskereti, la vaca terrestre. Con tu buen pensamiento, ¡oh Mazda! adornaste esta tierra con sus risueños campos.

Los malos no pueden dañarte ni por medio de Drugva el genio de la mentira, ni por medio de Asha, el genio de la verdad. ¿Por qué encuentra ésta tan pocos adherentes, mientras que los poderosos, en su impiedad, siguen la corriente de la mentira? Y sin embargo, ¡oh Mazda! los mejores bienes pertenecen á los fieles. El mentiroso disipa tus beneficios, y con sus obras ayuda al genio maléfico.

¡Oh santo Ahura-Mazda! colocaste el don del fuego sagrado en la doble virtud de la piedad y de la verdad, con las cuales se salvan todos los que se te acercan.

(Del *Yacua Gâtha Spentamainin.*)

INVOCACIONES Á LOS BUENOS GENIOS

¡Sed puros en vuestros pensamientos, sed puros en vuestras palabras, sed puros en vuestras acciones!

Invoco á los santos é inmortales Amesha Spenta, reyes benévolos, puros, siempre vivos.

Invoco á los que garanten la extensión y la fertilidad de estos campos, de estos sitios habitados por las bestias y los hombres, que nacen y se reproducen.

Invoco á los santos y puros Fravashi, á los genios, á los manes de los muertos y píos guerreros, de los fuertes y bien armados que socorren á los justos.

Invoco al gran Ahura-Mazda, espléndido, con su luz deslumbradora, celestial entre las celestiales.

Me inclino suplicando ante los santos inmortales, para hacérmelos propicios. Les dirijo mis ruegos y los invoco.

(Del *Vispered.*)

LA MALDICIÓN DE JOB

1 Después de esto abrió Job la boca y echó la maldición al día de su nacimiento,

2 hablando de esta manera:

3 Perezca, *malhaya* el día en que nací, y la noche en que se dijo *por mí*: "Concebido queda un varón".

4 Conviértase aquel día en tinieblas: no haga Dios cuenta de él desde lo alto, ni sea con luz alumbrado.

5 Obscurézcanse las tinieblas, y la *negra* sombra de la muerte; cúbrale densa niebla, y sea envuelto en amargura.

6 Corra en aquella noche un tenebroso torbellino; no sea mencionada entre los días del año, ni se cuente entre los meses.

7 Sea la tal noche solitaria ó *estéril*, y no se repute digna de cantares ó *regocijos*.

8 Maldíganla los que aborrecen el día *en que nacieron*, que están prontos á provocar á Leviathán.

9 Obscurezcan sus tinieblas las estrellas *de esta noche;* espere la luz, y nunca *jamás* la vea, ni el albor de la naciente aurora,

10 ya que no cerró el claustro del vientre que me llevaba, y no apartó de mis ojos la vista de *estos* males.

11 ¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre, ó salido á luz, no perecí luego?

12 ¿Para qué al *nacer* me acogieron en el regazo? ¿Para qué me arrimaron al pecho á fin de que mamase?

13 Pues yo ahora estaría durmiendo en el silencio *de la muerte;* y en este mi sueño lograría reposo,

14 juntamente con los reyes y potentados de la tierra, que fabrican para sí *edificios* en lugares solitarios;

15 ó con los príncipes que amontonan oro, y llenan de plata sus casas;

16 ó bien como un aborto, que *luego* lo esconden y *apartan de la vista,*—yo no subsistiera, ó como los que *después* de concebidos no llegaron á ver la luz.

17 Allá *en el sepulcro* cesa *por fin* el grande ruido que mueven los impíos; allí es donde vienen á descansar los de las fuerzas cansadas,

18 y allí están sin sufrir ya molestia alguna, ni oir la voz de cruel *sobrestante,* aquellos que en otro tiempo estaban unidos por común grillete;

19 allí están el chico y el grande; allí el esclavo libre ya de su amo.

20 ¿Por qué razón fué concedida la luz á un desdichado, y la vida á los que la pasan, *como yo,* en amargura de ánimo?

21 Los cuales están esperando la muerte, que no acaba de llegar, como esperan los que cavan en busca de un tesoro,

22 y se sienten transportados de gozo al hallar el sepulcro.

23 *¿Por qué se concedió la vida* á un hombre *como yo,* que no ve el camino por donde anda, habiéndole Dios cercado todo de tinieblas?

24 Suspiro antes de tomar alimento; y suenan mis rugidos como las aguas que *rompen los diques* é inundan.

25 Por cuanto me ha sucedido lo que yo me temía; se han verificado mis recelos.

26 ¿Acaso no disimulé, no callé, no sufrí con paciencia? Y sin embargo la indignación de *Dios* ha descargado sobre mí.

FRAGMENTO DEL CANTAR DE LOS CANTARES

1 ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Como la paloma, así son *vivos y brillantes* tus ojos, además de lo que dentro se oculta. Tus cabellos *dorados y finos,* como el *pelo* de los rebaños de cabra que vienen del monte Galaad.

2 Tus dientes *blancos y bien unidos* como hatos de ovejas trasquiladas, acabadas de lavar, todas con dobles crías, sin que haya entre ellas una estéril.

3 Como cintas de escarlata tus labios, dulce tu hablar y *sonoro.* Como cacho ó *roja corteza* de granada, tales son tus mejillas, además de lo que adentro se oculta.

4 Tu cuello es *recto y airoso* como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes.

5 Tus dos pechos son como dos gamitos mellizos, que están paciendo entre *blancas* azucenas,

6 hasta el caer del día y el declinar de las sombras. Subiré *á buscarte* al monte de la mirra, y al collado del incienso.

7 Toda tú eres hermosa. ¡Oh amiga mía, no hay defecto alguno en tí!

8 Ven, *desciende* del Líbano, esposa mía, vente del Líbano; ven, y serás coronada; ven de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hemón. de esos *lugares* guarida de leones, de esos montes *morada* de leopardos.

9 Tú heriste mi corazón, ¡oh hermana mía! esposa *amada*, heriste mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cabello.

10 ¡Cuán bellos son tus amores, hermana mía, esposa! más agradables son que el vino *exquisito*; y la fragancia de tus perfumes ó *vestidos* excede á todos los aromas.

11 Son tus labios ¡oh esposa mía! un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua, y es el olor de tus vestidos como olor de *suavísimo* incienso.

12 Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada;

13 tus renuevos, ó *plantas de ese huerto*, forman un verjel *delicioso* de granados, con frutos *dulces como* de manzanos. Son cypros con nardos,

14 nardo y azafrán, caña aromática y cinamomo, con todos los árboles *odoríferos* del Líbano; la mirra y el áloe con todos los aromas más exquisitos.

15 *Tú*, la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas, que bajan con ímpetu del *monte* Líbano.

16 Retírate, ¡oh Aquilón! y ven tú, ¡oh *viento* Aus-

tral! á soplar en todo mi huerto, y espárzanse sus aromas *por todo el mundo.*

FRAGMENTO DE UN SALMO

1 Dichoso aquel varón que no se deja llevar de los consejos de los malos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se asienta en la cátedra pestilencial de los *libertinos;*

2 sino que tiene puesta *toda* su voluntad en la Ley del Señor, y está meditando en ella día y noche.

3 Él será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo, y cuya hoja no caerá *nunca;* y cuanto él hiciere, tendrá próspero efecto.

4 No así los impíos, no así, sino que serán como el *polvo* que el viento arroja de la superficie de la tierra.

5 Por tanto no prevalecerán los impíos en juicio, ni los pecadores *estarán* en la asamblea de los justos.

6 Porque conoce el Señor y *premia* el proceder de los justos; mas la senda de los impíos terminará en la perdición.

ANTIGUA SERENATA JAPONESA

El Cami Jacci Hoco (frente á la casa de Nunacava Hime, canta):

El augusto *Cami*, que por sus millones de lanzas fué llamado Jacci Hoco, buscando en vano por todo el imperio de las muchas islas una nueva esposa, supo finalmente que lejos, muy lejos de su domicilio, en la región de Cosci, vivía una mujer sagaz; supo finalmente que allí había una mujer graciosa. Así, pues, para unirse á ella es que ha venido: para unirse á ella es que le habla. Pero entretanto no he desprendido aún el cinto de mi espada; no he desceñido aún mi manto: heme aquí, de pie, ¡oh niña! empujando la rechinante hoja de tu puerta; heme aquí, tirando de ella, y mientras tanto, la abubilla laméntase en la oscura selva, cloquea el faisán silvestre y canta el gallo doméstico. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! Ya cantan esas aves. ¡Oh! ¡maltratad, estrangulad á esas aves!

Nunacara Hime (canta desde el interior de su casa, sin abrir la puerta): Augusto Cami, que por tener millones de lanzas fuiste llamado Jacci Hoco: soy una joven débil como un tallo de hierba. Por eso dentro de mi pecho resuena ahora un tumulto igual al de una bandada de pájaros que peleara en la playa. Pero no hay en él más que ese tumulto de bandada de pájaros. Llegará un momento en que el corazón recobrará su calma. ¡Ay, pueda no morir antes de ese momento! Semejante á un mensajero que vuela rápido y atraviesa los aires, vaya por el mundo á la posteridad y conviértase en parábola, esta mi canción de amor.

(Y continuó cantando):

Si el Sol se hubiese ocultado ya detrás de las montañas azules, y fuese la noche tan oscura como la mora espinosa, saldría seguramente á tu encuentro. Y tú acudirías fúlgido y sonriente como el Sol que sale; con tus blancos brazos, estrecharías mi pecho, que es tan tierno y cándido como la espuma y como la nieve, y mientras lo acariciaras muellemente y repitieras la caricia, nos tendríamos estrechamente unidos. Y después, convirtiendo alternativamente en almohadas nuestros brazos, y extendiendo á gusto nuestros miembros, dormiríamos tranquilos. ¿Pero no te basta con haberme dicho que me amas?.... Sea mi canción de amor la parábola del augusto Cami Jacci Hoco.

(De la leyenda *Jasogami y Camicoto.*)

Índice

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA AL LECTOR 5

INDICACIÓN DE LOS LIBROS CONSULTADOS 7

PARTE PRIMERA

PROLEGÓMENOS

CAPÍTULO I. — 1. Definición de la literatura. La literatura es una ciencia. — 2. División de la literatura: parte histórica y parte teórica. Su correlación. Método que en su estudio debe seguirse. — 3. Origen de la historia literaria..... 11

CAPÍTULO II. — 1. Teorías sobre el origen del lenguaje. — 2. Teoría del instinto y de la evolución fonética. — 3. El lenguaje escrito. — 4. Aparición de las artes; su división en dos grupos principales. — 5. Evolución y desdoblamiento de esos grupos. — 6. La literatura prehistórica. — 7. ¿La poesía lírica es anterior á la épica?..... 17

PARTE SEGUNDA

LITERATURAS ORIENTALES

CAPÍTULO I. — 1. Consideraciones generales. — 2. Literatura india. Los *Vedas*. — 3. Período brahmínico: el *Mahabaratha*.

Págs.

— 4. El *Ramayana*. — 5. Los *Puranas*. — 6. La poesía lírica: Djajadeva y Kalidaça. — 7. El teatro hindú: Baratha: el *Mrischiakatika*; *Vikrama* y *Ouvrasi*; *Sakountalâ*. — 8. Literatura china. — 9. Confucio; los *Kings*; la lírica popular. — 10. Filósofos y propagandistas. — 11. Literatura egipcia.... 35

Antología correspondiente al anterior capítulo. 61

CAPÍTULO II. — 1. Literatura asiria. — 2. Literatura fenicia. — 3. Literatura persa; Zoroastro; el *Zend-Avesta*. — 4. Literatura hebrea; la Biblia. — 5. Literatura japonesa 89

Antología correspondiente al anterior capítulo..... 105

LEO A D
IE
AR

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PJ 308 B6

Blixén, Samuel
Prolegómenos de literatura é historia compendiada de las literaturas de Oriente